

Valentín García Sáiz



Leyendas y Supersticiones del Uruguay
(CUENTOS)



Semblanza del Autor

Valentín García Sáiz nació en el departamento de Cerro Largo, cuna de grandes escritores que han honrado las letras del país.

Venido muy joven a Montevideo, cursó parte del Bachillerato y luego pasó a la Facultad de Comercio, dejando trunca su carrera de contador, para seguir la de las letras, por llamado artístico.

Publicó versos en revistas uruguayas y argentinas. Su gran amistad y contacto con el escritor Javier de Viana, lo llevó a enfocar hacia el campo; sus primeros cuentos, publicados en "Mundo Argentino", allá por el año 1922, fueron agrupados en un volumen que intituló "Tacuari", en homenaje a uno de los ríos del pago que lo vio nacer.

La crítica nacional y extranjera lo considera actualmente como un auténtico narrador gauchesco, y al mismo tiempo —según Carlos Reyles— "una revelación del arte autóctono". "Salvaje", editado por cuenta de la Editorial "Barreiro y Ramos", obtuvo un éxito de librería.

Jules Supervielle, Monteiro Lovato, Eduardo Barrios, Juan E. O'Leary, Natalicio González, M. Linares Rivas, Concha Espina, E. Zamacois, García Lorca, R. Blanco Fombona, Alfonso Reyes, Torres Bodet, Mariano Azuela, Ga-

V a l e n t í n G a r c í a S á i z

LEYENDAS Y
SUPERSTICIONES
DEL URUGUAY

Cuentos



MONTEVIDEO

1957

Obras del Autor

Tacuari, 1924 (Cuentos de Campo y Ciudad) 2ª
Ed. Agotada.

Salvaje, 1927 (Cuentos regionales). Edición Ba-
rreiro y Ramos S. A.

Pilchas, 1943 (Cuentos de Campo y Ciudad) 2ª
Ed. Agotada.

El Narrador Gaucho, 1945 (Novela en cuentos)
2ª Ed. Agotada.

Javier de Viana, 1953 (Conferencia pronunciada
en el Jockey Club el día 10 de Setiembre de
1953 y publicada en el N° 176 de la **Revista
Nacional.**

Las Bóvedas, 1954. (Escenificación en 3 actos de
un ambiente portuario Montevideano).

Leyendas y Supersticiones del Uruguay, 1957.
(Cuentos).

*A mi esposa Eloisa Portas Ravera,
la noble compañera de mi vida.*

Dibujo de JORGE CENTURION.

“La Torda” o el “Lobizón”

"La Torda" o el "Lobizón"

El comisario de campaña, don Laureano Montes, estaba en su despacho, sentado como de costumbre, tomando mate, cebado por un subalterno. De pronto penetró, intempestivamente, el sargento Lucas, arrastrando sus mal abrochadas espuelas y el pesado corvo, también mal sujeto a la cintura, con el cigarro de chala en la boca, e irreverente, sin cuadrarse, haciendo apenas la venia, le dijo a su superior:

—Señor comesario: se ha cometido un crimen bárbaro con una inocente criatura arricién nacida.

—¿Que dice sargento?

—Como lo ha óido, comesario. Un crimen.

—Esplíqueme el asunto. Vamo a ver de que se trata.

—Vide, comesario, el cuerpito del angelito. Yo diba pa la pulpería, en recorrida ¿no?, y me yamó l'atención, al cruzar el "paso", una bandada de caranchos que revoloteaba con miras de abajarse por allisito nomá. Enseguida me dije: deben de haber carneo alguna oveja sin permiso y los autores han escondido el cuero con achuras y todo, pa despistar el robo. Entonces tuve que hacer pininos pa llegar al lugar onde estaba el cuerpo del delito. Ya me ve todo embarrao. ¡Aquello era cuasi un tembladeral! ¡Las que tuve que pasar comesario!... Dispués que diga nomá la gente que uno no se preocupa por la sesión!

—Güeno... y diga, pué, di una vez, sargento, ¿qué jué lo que pasó?

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

—¿Y qué diba a pasar? ¡Un semejante crimen cometido con un angelito, del seso varón. ¡Pobrecito! ¡Si lo viera comesario! ¡Lindo “gurís”! Gordito; se veía que era “de tiempo”. Presentaba señales de haber sido estrangulao; taba morao, con los ojos saltones, cuasi por reventar y con la lengüita de ajuera. ¡Pobrecito!

—¿Y por qué no trujo el cuerpo del delito?

—¡Y que diba a traerlo, comesario, si aquello gedía, gedía fiero!

—Taba en descomposición el cuerpo, quedrá decir?

—Asina mesmo era. ¡Si viera, comesario, las que pasé! La correntada trujo al angelito onde’staba lleno’e pajas bravas. Entonces “pelé” el sable y con la punta lo ensarté nomá al pobrecito. ¡Que Dios me perdone! y lo truje con el fin de darle sepultura... ¡Si gedería, comesario!

—¡Es, mesmo, un crimen! ¿Y no averiguó quién jué la madre desorejada que lo soltó al mundo?

—Mire, comesario... yo maliseo el asunto.

—Desembuche todo, sargento. Un crimen de esa naturaleza no puede quedar tapao y menos el de un angelito.

—Mire que si lo cuento tuito, el parte va’ser muy largo.

—Se lo decimo todo al juez, y él, que lo redate. ¿Y de quién malicea que pueda ser sargento? Desembuche nomá.

—Usté se cái d’espaldas si se lo digo, comesario; no lo he comprobao entoavía, ¿no?

—¿Son conjeturas, sargento?

—¿Que dijo, comesario?

—¿Si son maliseos suyos?

—Con algún fundamento.

—Güeno... suelte el royo nomás. Pa eso estamo; no hay que andar con miramientos. La justicia tiene que proceder y hay que suministrarle tuitos los datos.

Luego de una pausa, agregó: ¿y después, sargento, de enterrar al angelito, no se le ocurrió trái algunos datos? ¿Cómo se le ha escapao “eso”?

—Verá, comesario. Usté sabe que pa esas averiguacio-

nes no soy lerdo. Güeno... después de haber enterrao al angelito, rumbié pa la pulpería a indagar... ¿sabe?, con mucho cuidao, que no se me juera a escapar nada, por si los "cumple" estuvieran rondando el lugar, como acontece en la mayoría de los casos. Güeno... pedí una "caña doble" y me puse a "pitar", pegao al mostrador. Yo oservaba una rueda de forasteros que estaban jugando al "truco" en una mesa, al fondo del boliche. Había varios "mirones". Carculé que serían contrabandistas y "paré la oreja". En una d'esas se me acerca el "Tape", aquel que le suele dar una manito "en los contrabandos" a Betervide, su amigo, y me dijo: "Los hombres "esos" lo taban esperando. Parece que quieren hacer un negocio con usté, sargento".

—¿Y que tráin?

—Un vocoy de caña en un carrito y dos cargueros con tabaco y otras menudencias. Dicen que le diga cuanto les pide.

—Que me dean lo que quieran.

—Tome, sargento. Me dieron esta cédula de cien pesos para usté.

—Ta hecho el negocio, deciles. Y dales las gracias. Que hagan las cosas bien y que no me comprometan. Entonce, lo invité al "Tape" con una caña y encomenzamo a prosiar.

El comisario, con el entrecejo fruncido y algo más serio dijo:

—Pero... sargento, todo esto ta güeno... ¿pero el asunto del crimen del angelito?

—Ya verá comesario. Voy rumbiando pa ese lao. El "Tape" me preguntó si había alguna novedá de bulto por la sesión. Le contesté que novedá nenguna por el momento. Y en seguida agregué: este año se presenta bien pa la parisión...

¿Se ha fijao "Tape", que lunas güenas pal ganao... y que tiempo pa los campos?

—De veras... tiempo güenazo, me contestó. Y dicen que pa las mujeres que tan por tener familia, ¿las lunas tienen que ver algo?...

—Eso mesmo dicen. Será igual que pa los bichos, ¿no eh?

—Y diga... don sargento; el otro día vide a “La Torda”; vino a buscar yerba y un poco de azúcar. ¡Taba pesadota!... Pa mí que a lo mejor ya debe de haber tenido otro hijo... Taba pesada... ¡y siempre linda! Tuve que ayudarla a montar en el petizo. ¡Viera que nalgas y que piernas! ¡Mire que es linda “La Torda”! ¿A quién regalará el hijo esta vez? Con razón le dicen “La Torda”. Tiene los hijos, y después los regala a los estancieros ricos pa que los “hagan gente”.

—¿Entonces “La Torda” habrá tenido ya familia a la fecha, no eh?...

—Carculo sargento; taba tan pesadota mesmo y sobre todo con estas lunas tan güenas pa la parisión, como dicen...

Y apenitas me dijeron “esto” pegué la güelta de la pulpería. Al cruzar el “paso”, entuavía quedaba el jedor del angelito. Esto es, señor comesario cuanto puedo decirle sobre el crimen. Si es “La Torda” la autora, ¿qué me cuenta?

¡Ah... me olvidaba, comesario... aquí tiene la cédula de cien pesos... No hay compromiso de nenguna especie... A lo mejor, a estas horas, el contrabando ya lo han pasao.

—¿No hay compromiso, dice?... güeno... después, cuando cambée esta cédula le daré unas “chalas”... Pero... escuche sargento: Coma tranquilo y descanse.

Mañana a primera hora, ensiya y me “priende” a “La Torda”, si nota que “salió de cuidao”. Un crimen con un angelito en esas condiciones no puede tolerarse en el desempeño de mi cargo. Un robo tampoco. Asina que mañana me trái a “La Torda”. ¿Tamo?...

El sargento se cuadró, hizo un simulacro de venia y se fué a su cuarto, a descansar.

* * *

Al otro día, muy temprano, el sargento Lucas ensió su caballo "overo", y se dirigió al rancho de "La Torda" que distaba dos leguas de la comisaría. El sargento iba al tranco por el sinuoso camino, pensando, meditando... De cuando en cuando taloneaba a su "overo", era para mover y torcer de rumbo su pensamiento, pues, la decisión de apresar a "La Torda", ya estaba adoptada; tenía la orden y había que cumplirla. Tenía que proceder con cautela. Cuando dejaba de galopar era porque nuevamente le invadían los mismos pensamientos, las mismas cavilaciones. A veces dulces, acariciadoras. "La Torda" que oficiaba de lavandera, la famosa "Torda" que tanto daba que hablar en el pago por su belleza, cuya vida íntima estaba circundada por un halo de misterio, pues no se le conocía amante, ni relaciones secretas con hombre alguno; siempre estaba solitaria en su rancho, o junto a aquella portera, de fuerte candado, pegada al camino. Era blanca, "achinada" por los quemantes soles nuestros. El sargento por momentos, se detenía en pensar en aquellos sus ojazos negros que cautivaban al mirar... Aquella sonrisa; su voz clara y murmurante como agua de manantial; sus trenzas renegridas en cuyas puntas, cuando no tenía grandes cintas, tenían claveles de adornos... Su cuello... Su busto... Sus caderas... ¡Y sus piernas! ¡Las piernas de "La Torda"! No se habían visto otras iguales.

—“Pero tengo que proceder, sea por las güenas o las malas”. Y seguía pensando en “La Torda”. De pronto le vino un pensamiento que destruía toda su pesquisa. ¿Y si “La Torda” se le ocurriera decir que el hijo lo tuvo “allí”, junto al arroyo “antes de tiempo”, que el “gurís” había venido ya, “así”, al mundo, que vino ahorcado como dicen, que suele acontecer? —¡Qué “plancha”, qué papel ante el comisario!... ¡Su prestigio! En esto pensaba cuando de pronto divisó el rancho de ella. Apuró a su caballo, y, al rato vió una silueta blanca que se movía en el cerco florido de su rancho. “Tará en camisa”, se imaginó.

A medida que se acercaba, la figura de "La Torda" adquiría volumen, se agrandaba. Distinguía perfectamente que tendía ropas en el patio. De vez en cuando se acercaba a la portera y ponía la mano en la frente a manera de visera como para descubrir quién era el que llegaba por el camino. El sargento pensó: "Carculará que soy yo, la polesía que la va a prender". ¡Caracho! me ha descubierto el overo; me olvidé de cambiar mi caballo. De improviso la vió penetrar al rancho y cerrar la puerta. De un galope, muy pronto estuvo frente a la portera. Un cuzco salió a recibirlo, ladrando furioso. Al rato un avestruz "guacho", enorme, se acercó al alambrado y lo miraba con sus grandes ojos y de cuando en cuando, soltaba, estirando su pescuezo, su silbido, casi lamento.

El sargento desmontó y maneó su caballo. Dió dos fuertes palmadas, llamando. El cuzco seguía ladrando.

La puerta del rancho se abrió casi en seguida y apareció "La Torda", pálida, algo sonriente, con su cabellera negra, suelta hasta los hombros, y con el peine en la mano.

—Güen día "Torda", —dijo el recién llegado.

—Güen día, sargento. ¿Qué le trái por acá?

—De paso nomá. Ando, como siempre, de averiguaciones. ¿No vido "Torda" pasar ayer po'acá cerca, un carro y dos cargueros?

—Ayer mesmo, de tardecita, sentí chiyar los ejes de un carro; taba oscurito yá, y vide varios cargüeros, a más, diban cinco hombres a cabayo. Sería un contrabando ¿no?

—No ve usté. Dispué quiere el gobierno que uno se haga matar al cuete. ¿Voy a peliar a los cinco? Si haberá, mesmo escasez de melicos. El comesario siempre pide que rejuercen el personal, pa'cabar con los contrabandos, pero no hay caso. Por mí que pase lo que pase, no espongo porque sí el pellejo... ¿no eh? ¿No le parece, doña?...

—¡Y, claro...! ¿pa'qué se va' esponer? La vida hay que apreciarla. ¡Pa lo que va'agradecer "el gobierno"!

—Y pasando a otra cosa, —dijo el sargento Lucas—, —¿tuvo ya familia?

Ante tan inesperada pregunta, quedó aún más pálida. Pero, sin inmutarse, contestó: —Sí sargento, tuve un "contratiempo".

—Un contratiempo, dice? ¿Y quién hizo de "tatucera"?

—Yo mismo, sargento. Taba en el arroyo lavando. Había trabajado demasiaio, cuando me acosaron unos dolores de vientre tan fuertes, que no tuve tiempo de nada.

No esperaba pa tan pronto; y yo misma me partié.

—¡Ah, gaucha linda y corajuda!

—¿Y qué más rimedio, sargento? Mire, ni me hable más d'eso que estoy entoavía delicada... ¿No ve qué flaca estoy? Cuasi ni tengo fuerza pa nada. Ayer tuito el día me lo pasé de cama y eso que tenía varios ataos de ropa que entregar.

—Ta bien todo... Si es su gusto, no le hablo más del asunto. Y en seguida agregó: —Güeno... arreglésé doña; vistásé, emperifollesé si quiere, y acompáñeme hasta la comisaría, asina declara.

—¿Me lleva presa!, —dijo "La Torda", casi aterrada.

—¡No!..., presa, no!... Es pa que declare lo que sepa sobre el contrabando.

—¡Ah!... si es por "eso", no hay inconveniente, sargento. Y diga... ¿en que voy? El petizo ta' suelto y tengo que ensillarlo.

—¡No! La llevo en el anca de mi caballo. —¿Qué más quiere el "overo" que llevar una prienda de su clase?

El rostro de "La Torda" se iluminó con su sonrisa llena de gracia y mostró sus blancos dientes de "pororó", ante el piropo del sargento.

* * *

El comisario estaba sentado en su poltrona junto a su escritorio, tomando mate y fumando un "chala". Sobre el escritorio habían varios expedientes, diarios, libretas y un viejo tintero de níquel, todo ferruginoso. Desde temprano había hecho barrer el piso lleno de "puchos" y es-

cupitajos. Había hecho pasar el plumero por todos los rincones. Mandó colocar la biblioteca al frente de la puerta de entrada, enderezar el cuadro de Artigas, el fundador de la nacionalidad oriental, y también mandó poner un par de sillas, casi nuevas, tapizadas en cuero, que estaban guardadas para los días de visita que hacían algunas personalidades, como el Jefe de Policía, el Inspector de Escuelas, el Juez, o personas de algún relieve político o social.

Todo esto para recibir a aquella criolla, a "La Torda", mujer estupenda, bellísima, que jamás persona alguna se expresó mal de su conducta, y menos en asuntos relacionados con la policía. Don Laureano, el comisario, había hecho venir al peluquero, que era a la vez "zapatero remendón" y "sacamuelas", para que le hiciera una buena afeitada y un buen corte de pelo. Hasta se hizo poner en el cabello un extracto con aroma de heliotropo.

Hacía más de una hora que esperaba impaciente la llegada del sargento Lucas, su hombre de confianza, "su mano derecha", como solía decir. Ya había dado la orden que le avisaran tan pronto fueran divisados. Casi al medio día, el "puerta" anunció la llegada..

El sargento fué el primero en entrar, conversó en voz baja con "La Torda" en el zaguán y, adelantándose, dijo a su superior, a media voz, y haciendo la venia:

—Comesario: la truje engañada. Le hice creer que tenía que declarar si había vido pasar el contrabando. Trá-tela con miramientos. Váyase derecho al grano.

—Ta' bien; deje la cosa por mi cuenta. Hágala pasar nomás.

Y penetró "La Torda" haciendo sonar los tacos altos de sus zapatos blancos en el piso de tabla. Se sacó el pañuelo de seda celeste que adornaba su cabeza, dejando ver su bello rostro.

Hizo un movimiento con las manos y trajo hacia adelante, junto a sus turgentes pechos, las dos cruceras de sus renegridas trenzas.

En los pocos pasos que dió pudo percibirse el ondulante ritmo de su andar, ese balanceo típico y gracioso de nuestras criollas, que sin ser voluptuoso es desafiante, tentador. El comisario estaba de pie, se dieron la mano y después de un "¿cómo está?", le dijo:

—Con un viaje tan largo y tan incómodo debe d'estar muy cansada. Tome asiento nomá; no haga cumplimiento; tá en su casa.

—Gracias, don Laureano. Y su gente ¿cómo está?

—Güena, gracias. ¿Y la suya?

—Y... mi gente, uste sabe, la tengo desparramada dende que murió mi mama. He andao rodando... rodando, y aquí me ve... Tantos hijos a una la consumen.

—¿Y... cuántos hijos ha tenido "Torda"?

—Seis machos, comesario.

—¿Seis machos, dice?

—Si... seis. Y el último, un "contratiempo", también resultó macho, comesario.

—¿Siete hijos varones tuvo "Torda"! ¿Y no sería un lobizoncito el último?

—Cállese, Comesario, por favor...! ¡Si esto ya no es vida para mí!

Dende que quedé encinta, me lo he pasao pensando. ¡Siempre con ese pensamiento fijo si sería lobizón o no! ¡Ah!... ¡Las que he pasao, comesario, en todos estos últimos tiempos, durante el envarazo! Era un continuo sufrir. Y usté, comesario, ¿cree en los lobizones?

—¿Si creo en los lobizones? ¿Y cómo no voy a creer? Si he visto una sinfinidá d'ellos. Dicen que no le dentran balas ni tajos n'el cuerpo y he oído contar muchos cuentos d'ellos dende "guris".

—¿Y uste, sargento, tamién créee? —dijo "La Torda".

—Y... tuitos los gauchos creemo en él. Dende chico nos enseñan a creer, ¿no e así, doña?

Y el comisario con blando acento le dijo a "La Torda":

—Pero al lobizón, que dicen qu'es un encarnao de

“mandinga”, hay que hacerlo “cristianar” por los hermanos mayores, asina el pacto que tiene, queda deshecho y el “gurís” sale un hombre güeno como todos.

De pronto “La Torda” escondió la cabeza entre sus robustos brazos, caracolearon las “cruceras” de sus trenzas negras en el escritorio sobre el que estaba apoyada, y prorrumpió en un llanto, desconsolador.

Y don Laureano casi paternalmente:

—¡Yore, m’hija, eso es güeno! ¿Ta arrepentida de alguna falta?

—¡Comesario! ¡Comesario! ¿Cómo diba a bautizar a este último hijo, si nunca tuve una hija mujer pa que jue-
ra madrina?

—¿Sabe m’hija, que tiene razón, mesmo? Diga, sargento: ¿qué le parece a usted este “caso”?

—¡Mesmo! Si era un lobisoncito el “gurís”... ¿qué diba’hacer la pobre?

De pronto “La Torda” levantó la cabeza. Sus ojos estaban algo desorbitados y empapados de lágrimas. Luego dijo con voz trémula:

—Yo también creo y seguiré creyendo, comesario. Escuchemé:

—La escucho m’hija.

—Dende chica a mi mama le he oído contar este cuento: Una vez, existió un estanciero muy rico, que tuvo siete hijos machos; tuitos “corridos”. Primero había tenido tres mujeres. Pero como él era un hombre “contra las iglesias”, no quiso cristianar a ningún hijo. Güeno... Decía mama qu’el “gurís” último, se jué criando bien; era juerte, tenía salú y era como todos. Cuando llegó a eso de los quince años, cuasi un mocito, comenzó a estar callao, ya no era tan prosa. A veces se ponía tristón y no comía; se venía cada vez más flaco. Solía salir al campo en noches de lu-

nas y decían qu'en los días viernes, a las doce, tenía por costumbre de levantarse de la cama, y salir pa'juera, diba siempre como medio alelao. Y donde encontraba un animal echao, juera lo que juera: perro, gato, chivo, chanco, oveja, caballo, lo que juera, lo hacía levantar y se revolcaba en el mismo lugar onde el animal estaba echao. Al ratito se convertía en la clase de animal que había estao en el lugar. Y creciendo, llegó a hombre. Tan es asina que llegó a tener novia. Ya taba próximo a casarse. Ella se había "aprontao" y él también. Taba todo prontito, convenido pal casorio. Güeno. Risulta que no faltó una "mala lengua" que le dijera a la muchacha qu'el novio era "lobizón". Ella sacó la cuenta de los hermanos del novio y risultaba mesmo, "lobizón". Entonces dicen que la novia se enloqueció y, a los pocos días, murió redepente. Y justito, el día que la velaban con el traje de novia, era la noche antes del viernes. El novio taba al lao d'ella; dicen que no se apartaba del cajón. Taba muy triste y no redamaba una lágrima, porque asigún dicen, los "lobizones" no lloran. Andaba como si juera mudo; no habló con naides esa noche. Al otro día, como tocaba, era viernes. El tuvo en el entierro y en "las casas" lo vigilaban con disimulo, los hermanos, la "mama" y los "piones". Dicen qu'en cuantito escureció, salió p'al campo, onde había un perro negro lanudo, se revolcó en el sitio d'el, y convertido en perro "tocó" rumbo p'al cementerio.

Los piones lo siguieron y dende lejos pudieron ver que llegó al lugar onde estaba enterrada la novia. Apartó las flores que tenía y comenzó a remover la tierra. Como dicen que los "lobizones" se alimentan con carne de muertos, vaya a saber si no se había comido a la novia. Todo eso me contaba "mama", comesario, dende chica y usté también lo habrá oído contar. Dispués que volvió a las casas, se transformó en "gente". La "mama" le preguntó por dónde había estao, dado que faltaba de las casas. Y le contestó cuasi medio "ido": —"No mi acuerdo"... Le sintió un aliento feo y le pidió que le abriera la boca... Y cuando se

la mostró, señor comesario, ¿sabe?, tenía entre los dientes unas hilachas de los festones del traje de la novia. Vea, comesario, ¡qué disgracia es tener un hijo lobizón!

El sargento y el comisario se miraron, casi aterrados. Luego el comisario agregó:

—Ese cuento ya lo hemos oído contar y todo por no haber cristiano al “gurí”, al “lobizoncito”.

De pronto “La Torda” alzó los brazos, y con el rostro congestionado, exclamó:

—¡Comesario!... ¡Comesario! ¡No puedo aguantar más! El último “guris” mío, lo maté yo mesma con estas manos... ¡Que Dios me perdone! Lo ahorqué y lo tiré lejos, al arroyo! Taba llena de terror..., No supe lo que hacía... Taba como loca... Dispué de “partirme” agarré al “guris”... no se si jué un delirio... agarré al guris... vide que era macho y apenas lo sostuve, temblando de fiebre, entuavía acosada por los dolores y bañada en sangre, lo miré fijo! Era un guris algo cabezón; me pareció que en vez de yorar como hacen todos al nacer, se reía de mí, mostrándome dos grandes colmillos y me soltó una risotada grandota... Y ya no pude más, señor comesario, y ahí nomás me hice de coraje, le apreté el pescuezo, ¡tanto!, ¡tanto!, hasta que se puso negro. Entonces lo tiré lejos, a la correntada. Y yo vide clarito, comesario, que al caer al agua se formó un borboyón grande y el “guris” se transformó en un bicho colorao con grandes cuernos; era como un “murciélago” enorme, que me miraba fijo con los ojos hechos dos brazos, y me gritó: —“me las vas a pagar”. Dispués, no sé más, comesario. Me habré desmayao. Sólo sé decirle que todo esto aconteció de noche, con una luna grandota, colorada, y cuando desperté ya era de día; el sol taba calentando mis piernas. Diga, señor comesario: ¿esto es un crimen? ¿Soy asesina? ¡Priendamé, comesario! ¡Mándeme matar! ¡Esta ya no es vida! ¡Un hijo lobizón! ¡Qué sufrir de madre, comesario!

Y el comisario que estaba horriblemente impresionado, exclamó:

—¡Por favor, andate "Torda"! Eso no es un crimen.
¡Andate! ¡Andate! ¡Tas en libertad!

* * *

Y aquella criolla que descargó su atormentada conciencia en aquella comisaría de campaña, fué consolada y absuelta por el comisario y el sargento, ambos, improvisados jueces; dos rudos gauchos, dos criollos de ley.

AS

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

en.

on-
a y
sa-

“Luces malas”

Luces Malas

En aquella amplia cocina gaucha, en nombre de sus compañeros de rueda, Pablo, "el patroncito" interrogó de improviso al viejo narrador, al indio, apenas llegado del monte, desde donde acarreaba leña para "las casas".

—¿Y usted no vido alguna vez "luces malas" tío Tucú?

—Si m'hijito... no sólo las he visto, sino que he oído contar muchas cosas d'ellas. Ricuerdo como si fuera áhura, jué en plena guerra, durante la regulación del 97. ¡Qué julepe me llevé y eso que entonces era ya un hombre!

—¡Cuente, cuéntenos, Tío Tucú!...

—No, no quiero, —dijo dirigiéndose a Pablo— no quiero asustarlos; son ustedes muy "gurises". A lo mejor de noche se lo pueden pasar en vela; a lo mejor van a tener malos sueños...

—Pero Tío Tucú... y, entonces, para qué semos varones? ¿Usted mesmo no nos ha dicho en más de una ocasión que el miedo no se ha hecho pa los hombres?

—Vos, Paulo, ya podés oír tuitas estas cosas porque sos mocito ya, pero hay aquí otros presentes, que son muy "gurises" entuavía y no les asentará bien.

—¿Cuáles d'eyos? —diga,pués, que enseguidita los hacemos retirar... ¿cuáles? Pero si todos estos gurises son hijos de gauchos servidores de la patria y no conocen al "señor miedo", ni le han visto jamás la cara.

Ante tal defensa, en el rostro del viejo narrador se dibujó una sonrisa clara y amplia; luego miró a uno por

uno. Vió que en todos los semblantes se notaba la misma ansiedad por conocer el nuevo relato. Después sacó el pucho de la oreja, lo miró por breve tiempo, hizo chispear el pedernal con el eslabón, encendió la yesca, dió varias "pitadas", y comenzó con palabra lenta, algo carraspeante:

—Güeno... les vi'a contar; les vi'a contar tuito lo que sé sobre las "luces malas", si me escuchan con atención y si me alcanza el tiempo. Güeno... ustedes saben, y habrán oído contar que las "tales" luces son "almas en pena", almas que están en el otro mundo pagando las culpas de sus pasos por la tierra. Tuitos tenemos algún pecao, naides es infalible en esta vida. Cuando se aparecen las luces a algún cristiano, es porque piden velas pa su salvación.

Hay "luces malas" de tuitos los colores. Dende gurí, he oído comentar que tiene mucho que ver el color de eyas. Vamos por partes: asigún dicen, esas luces chicas, medias blancuscas, que se cuelgan de los alambraos o se ven boyando en los tembladerales, y desde onde suele oirse llantos de criaturas, son los "angelitos en pena", que están pagando culpas de los padres. Las coloradas más grandotas que suelen aparecer por los "pasos asombraos" y que a veces se trepan en las ancas de los cabayos, son las que tan condenadas por una eternidá al infierno; esos hacen vida con el diablo, y el que las vé tiene que tener mucho cuidado porque ellas se meten en la mente y suelen "torcerle el buen destino" a los hombres; son malas consejeras, por lo tanto son las piores. Dejuro que más de uno se ha quedado trastornao al verlas. Las de color amarillo, han sido "almas ambiciosas" que no han hecho otra cosa en este mundo que amontonar oro; han sido almas avaras, pero ellas tienen su salvación, mandándoles decir misas con los flailes. Las "luces verdes", dicen que es suerte toparse con eyas: son "buenas noticias con grandes esperanzas". Y las últimas que tienen un color azul, son luces de "buen agüero", luces que no precisan velas para su salvación, porque fueron almas generosas, que están gozando del cielo con Dios y todos los santos por una eternidá; pues bajan a la

tierra solamente para que la gente sea más humilde, y más generosa... A "esas" hay que pedirles una "gracia" acompañadas de alguna oración y, esto, no faya, son luces milagrosas, tan cierto como que áhura hay luz.

Luego Pablo interrogó:

—Pero tío Tucú, si hay luces que son de "güen agüero", ¿por qué les dicen "luces malas"?

—Son cosas de los "antiguos"; yo no soy culpable. Como me lo contaron te lo cuento.

—¿Y al color rosao, dónde lo deja "tío Tucú"? dijo uno de los oyentes, el más gurisito.

—Ah... se me olvidaba, tenés razón. Las "luces malas" d'ese color, del color de rosa... dejenmén hacer memoria —¡ah!... áhura ricuerdo. Son las almas de los seres que purgan "malos amores", amores por engaños, por infidelidades.

—¿Pero en total, entoavía, no ha contaó qué jué lo que le pasó y por qué se julepeó al ver las "luces malas"? Cuente onde las vido y por qué tuvo miedo, dijo Pablo.

—¡Ah!... por eso les dije arrecién, "vamos por parte". El miedo jué hasta por ahí no más. No crean que he sido maula. Si yo fuera maula no estaría solito en mi rancho, en ese monte, sin un perro de compañero, donde hay tanto bicho raro... tanto matrero!

—Pero si nosotros no le hemos achacado nada, Tío Tucú, sólo queremos que nos cuente lo prometido, lo de las "luces malas" que usted vido.

—Güeno, pa'ese lao voy rumbiando.

Tábamos como ya les dije, en plena guerra del 97. Díbamos varios en exploración. Tábamos d'este lao del arroyo "Conventos", muy cerca del pueblo de Melo. Cuasi pegao al caserío de la "Cuchiya de las Flores" ta el cementerio de Melo. Habíamos vandiao a nado el arroyo que estaba bastante barrigón; yebábamos buenos pingos, díbamos bien montaos como era el caso, ¿no eh?... díbamos de exploración; era de tardecita. Solamente se veían unas que otras lucecitas, fueguitos frente a los ranchos del caserío

de la "Cuchilla de las Flores". No crean que se trata de una cuchiya, no!... ese pueblito está mesmo en un bajo, cuasi al nivel del arroyo. Güeno... como les deciba, taba poniéndose bastante oscurito, mesmo. Se veían bien las tapias blancas del cementerio, las del primer cuerpo. El otro cuerpo como de una manzana, sin tapias, taba yeno de cruces y panteoncitos chicos; era el cementerio de los pobres.

Güeno... seguíamos andando, explorando. El más viejo que iba con nosotros, el que servía de guía, Don Servando Corrales, conocedor del pago, sofrenando el cabayo, y yevando la mano derecha a la frente como para aguaitar algo, jué el que dijo: "Ese es el cementerio de Melo. Por estos laos había un tembladeral si mal no ricuerdo. Habían muchos güesos de difuntos en esos zanjones, era un osario onde quemaban cajones y urnas y hasta se veía más de una calavera con el cuero y los pelos pegaos. Hacían reducciones y todo era pa dar lugar a los muertos nuevos". En una d'esas sentimos un chistido di'atrás...

—Era una lechuza —dijeron varios oyentes.

—¡Ciertamente! —corroboró el indio. Güeno, prosigo: había chistao una lechuza; le dijimos "cruz diablo" tres veces pa'auyentar el mal por las dudas.

Y Don Servando, el guía, al rato dijo: "Pué... si tarán cambiao estos lugares. Por aquí había también una tapera con unos "sauces yorones".

Frente a nosotros había un campito yeno de "chilcas" y "carquejillas" muy rabonas, rodiadas por un alambrao con unos postes tiraos por el suelo.

—¿Vamo a meterle p'adelante? —dijo Don Servando.

—Como les dije arreciën, taba oscurito, taba "entre dos luces". Y cuando meno pensamo, otra vez nos chistó la lechuza. Don Servando le mandó un "ajo". Y varios le volvimos a decir "cruz diablo" tres veces pa "quebrar el mal". Les diré que en ese momento me acometió como un frío por todo el cuerpo, se me pararon los pelos de punta.

No se oía cantar de pájaro alguno, ni a los grillos; únicamente una que otra "vibora ciega" se hacía oír.

Tuito era tristeza, soledá, misterio...

Taloneamos a nuestros cabayos que no querían arrancar, seguir pa'delante.

Jué entonce cuando comenzamo a sentir yantos de criaturas recién nacidas.

"Esto está muy cambiao" —repitió otra vez Don Servando. Yo ricuerdo que le dije: ¿no siente como un yanto de gurises? Me contestó: "son los escuerzos".

Y han de creer ustedes que los cabayos se resistían, mesmo, a seguir pa'delante. Tuitos nos detuvimos. Don Servando adujo: ... "aquí están los restos de la "Tapera". Se ven los troncos de sauces cortaos". El campito este se conoce que en un tiempo ha estao alambrao para evitar peligros del tembladeral.

Ahí mesmito taba el rancho de ña Casilda, una curandera media bruja, y según decían, tenía rilaciones con el diablo y con las almas del otro mundo.

—Por eso, —dijo Pablo— vivía cerca del cementerio ése.

—Asina mesmo era, —agregó el narrador. Güeno, como les diba contando, los cabayos no querían seguir pa' delante.

—"Vamos a costear por la derecha del tembladeral" —dijo Don Servando.

Ustedes han de saber 'gurises' que cuando uno se encuentra en ese trance, hay que dejar al cabayo que se oriente; parece que olfateara el peligro. Y como todos los cabayos torcieron el pescuezo para ese lao, seguimos al paso nomás, pa la derecha. Yo iba pegao a don Servando. De pronto, uno del grupo nos dijo: "Miren pa'ya pal costao de las tapias del cementerio. ¡Parecen luces malas! ¡Parecen luces malas!"

—¿Y eran luces malas? —interrumpió uno de la rueda.

—Ya verán, no se apuren. ¿“Pa’onde? —pregunté yo entonces. Y, él mismo, me contestó: —“Pa la derecha... ¿No ve ese lucerío, ese resplandor que tiembla, que va y viene, seguido de sombras”?

Y... efectivamente, “gurises”, se veían unas luces que se agrandaban coronadas por resplandores, que se hacían más grandes por una especie de cerrazón que las rodeaba.

—“Eso que ven, —dijo don Servando— son las brujas y gente del pueblo que vienen a prender velas por las almas de los difuntos. Ese es el cementerio de los pobres, como ya les dije”.

—“Son luces malas”, afirmó otro, miren clarito los resplandores”. Y el mismo agregó: “escuchen... ¿no oyen como unos ronquidos? Pues... son los ronquidos de las almas en pena... ¿no oyen?”.

Y... efectivamente se oían como unos ronquidos, un proserío cada vez más claro, una conversación con risas apagadas; aquello crecía oyéndose cada vez más fuerte a medida que nos acercábamos al cementerio. Entonces, le pedí opinión a Don Servando que era muy conocedor de esos lugares.

—No crea amigo, son agüerías de la gente. ¿Sabe qu’es eso? Pues son los chanchos baguales que tienen su guarida por estos laos. Hay quien dice qu’es cueva de lobizones, que viven alimentándose con la carne de los muertos. Dicen que se comen hasta las velas de sebo que prienden a ras de tierra sobre las tumbas. Son lobizones, según la fantasía de la gente; pero pa mí, que me crié en estos lugares, esos “ronquidos” son de “chanchos baguales”, amigo.

Se oyeron varios suspiros de los gurises, y con ansiedad Pablo prorrumpió:

—¿Y usted, qué opina tío Tucú?

—Y yo... ¿qué vi’a opinar? Yo siempre he rispetao los pareceres de la gente; cada cual que piense como le parezca, ¿no... eh?

—¿Y qué pasó después? —interpeló otro.

—Y qué diba a pasar, pues... Cruzamos los que díbamos en exploración por los fondos del cementerio, nos santiguamos con rispeto por todos los difuntos y nuevamente sentimos, esta vez, con mucha más claridá, el "ronquido de los muertos". Los cabayos se empacaron al ver cruzar una tropiya de sombras, algunas se enredaron hasta entre las patas de nuestras montas; y después, quedó el lucerío que temblaba entre una cortina de cerrazón, luces que iban y venían a flor de tierra.

—¿Y de qué color eran las luces? —dijo Pablo.

—Mirá, Pablo, ayí había un entrevero de almas; habían luces de tuitos los colores. Aquello era un arco iris, ¡claro!... se explica... también había tantos muertos enterraos en ese cementerio de pueblo...

—Aquella figura patriarcal del "Tío Tucú", se despidió de sus amiguitos, y todos, uno a uno, le fueron dando la mano cariñosamente.

Poco después, perdíase la silueta del "narrador gaucho" agrandada por las sombras de la tarde agonizante, rumbo a su rancho, en el corazón del monte.

V SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

El "Salvador de almas"

El "Salvador de almas"

Estaba expirando "La Paraguaisita", en aquel viejo catre de lonja, catre lleno de tradición familiar, catre lleno de remembranzas, cuyas cuatro patas descansaban sobre aquel piso de tierra donde habían caído muchas garúas de lágrimas.

"La Paraguaisita" se moría; pobrecita...! no había nada que hacerle, "estaba en las últimas", "ya estaba escrito".

"La Paraguaisita" tenía 95 años y una "ñapita", según decían. Su padre había sido guerrero del Paraguay, y años después, con sus cuatro hijos varones se hicieron contrabandistas en la frontera del Brasil. Todos sus familiares habían muerto; quedaba ella solita en el mundo.

Su rancho enclavado en una sierra muy cerca del marco fronterizo de Aceguá, tenía algo de "mulita"; parecía agacharse, esconderse en medio de aquellas agrestes serranías.

El rancho tenía una puerta y una sola ventana que daban para el lado que se ponía el sol. A la entrada pendían del marco algo como dos bolas; era "yel de toro" en un buche de avestruz, que servía para contrarrestar maleficios, según decían. Una planta de ruda enorme, muy vieja, cubría la ventana. Toda escuálida mostraba sus hojas amarillentas, lo que era presagio de grandes desgracias.

Adentro, sentado en un rincón, al calor de un brase-ro, estaba un indio crudo, reconocido "curandero" y tam-

Y S

bién "
bastór

E

taba e

vez e

A

curida

cón. L

viento

rancho

de cua

aflaut

—

Y,

—

Se

rancho

subir y

más se

bronca

pronto

vela, l

—

El per

garon

El

moribu

encogi

una or

La

bras se

rezand

la mor

un por

insiste

pas, un

cosas

hacía “Salvador de Almas”. Apoyaba ambas manos sobre su bastón de guayabo en una actitud serena.

Estaba con su perro negro, lanudo y feo, el que dormitaba estirado en el suelo con su hocico entre las patas. De vez en cuando lanzaba unos sollozos entrecortados.

Al indio le brillaban los ojos en medio de la semiobscuridad, mientras el fuego del brasero coloreaba el rincón. Las cenizas revoloteaban por el suelo, movidas por un viento frío que se colaba por un agujero de la pared del rancho, helando la pieza momentáneamente. Carraspeaba de cuando en cuando el indio. De pronto dijo con su voz aflautada:

—¿Querés un te de carquejiya?

Y, al ratito:

—¿Caliento l'agua?

Señoreábase como el “tic-tac” de un reloj dentro del rancho, aquella respiración traqueal, y también se veía subir y bajar aquel pecho flaco de mujer. Todo era por demás sombrío, tétrico. Solamente se oía adentro la voz bronca del viento y la respiración de la moribunda. De pronto, el indio se paró, extrajo de uno de sus bolsillos una vela, la encendió, y mirando al perro, dijo:

—Acompañame, “chico”. Vamos hacerla “bien morir”. El perro se paró; ambos dieron unos cuantos pasos y llegaron junto al catre.

El indio se santiguó y tomó la mano izquierda de la moribunda, mano de hielo, descarnada y huesosa, que fué encogiéndose poco a poco. Enseguida comenzó a mascullar una oración para “el caso”.

La luz de la vela amarilleó aquellos rostros y las sombras se volvieron mucho más espectrales. El indio siguió rezando su oración y de vez en cuando miraba el catre de la moribunda, la cobija que tapaba aquel cuerpo magro, un ponchito “coya” a los pies... Miraba y remiraba con insistente codicia un baulito de metal, un atadito de ropas, una caldera con su mate y bombilla de plata y otras cosas que permanecían abandonadas en el suelo. Todos

esos objetos fueron imantados por el flúido magnético de sus ojos.

Con un acento temblequeante, tajeando su oración, dijo:

—¿No me regalás el catrecito, ya que te hago dir p'al cielo?

Nadie respondióle. Solamente se oyó la voz bronca del viento que seguía colándose por el agujero.

El indio, nuevamente, interrumpiendo su rezo, revo-leó los ojos al rincón donde estaba el baulito, que parecía un cofre antiguo, cofre de metal blanco, y dijo:

—¿No me regalás aquel baulito, ya que vas p'al cielo?

De nuevo quedó sin respuesta. Pertinazmente se oía la bronca voz del viento por los labios del agujero.

Luego agregó:

—¿Y al rancho éste, pa quién lo dejás?

La respiración de "La Paraguaisita" había cesado. La oración del "curandero", "Salvador de almas", había terminado.

Afuera oíase el ulular del viento. El perro dió varios ladridos y luego comenzó a aullar.

El indio levantó la cobija y lleno de asombro vió una enorme culebra que comenzó a desenroscarse, mostrando su lengüita roja, sus ojos dorados, su cabeza chata.

El indio apagó la vela. Salió para afuera en silencio.

La noche era clara...

A los pies del catre, junto a la serpiente, aullaba el perro a la muerte.

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

AS

de

ón,

'al

del

vo-
cía

elo?
oía

La
abía

rios

una
ndo

o.

i el

La "Barajada"

La "Barajada"

—“¡Gurises!... ¡gurises!... ¡vengan!”, —llamaba a gritos Pablo a sus compañeros. “Ya viene llegando del monte el “Tío Tucú”.

En menos de lo que “canta un gallo”, aquella tarde, el viejo narrador de alma gaucha, tuvo reunido, una vez más, a su auditorio; y, con palabra lenta y carraspeando, comenzó así:

—“El cuento que les voy a contar hoy, gurises, no vayan a creer que es una invención mía; es una purita verdad. En estos mismos pagos, hace d'esto una puntita de años, don Serapio Sousa, tu agüelito, Paulo, tenía que arrejuntar una novillada cimarrona que había ganao p'al monte. La tarea sería dura, trabajosa. Por más “siñuelos” que l'echáramos a los bichos no hacían caso, y a más, llovía escandalosamente. Aquello era un diluvio; parecía no tener fin. El agua caía del cielo sin lástima; y, claro, la peonada se entretenía de lo lindo, pasando de la cocina a los galpones, y de los galpones a la cocina, “haciendo sebo”; allí se “mateaba”, se “truqueaba”, se fumaba, y, a escondidas también empinaban algunos tragos; todo sin que nos contaran el tiempo. Había más de un fogón y no faltaba nunca un acordeonista o alguien que hiciera bordonear a una guitarra. También contaban hechos heroicos de nuestras pasadas regulaciones y los nombres de los caudillos más mentaos, “tanto de un pelo como del otro”, eran

bien recibidos, ya fueran "blancos" o "colorados" porque fueron los sostenedores de los ideales de los fundadores de nuestra patria.

Había que ver, gurises, cómo pasaban las horas y los días, "como en un sueño", en la estancia de tu agüelito. Algunos peones habían empezao a engordar con tanta haraganería. Como ya les dije, se comía por demás, se dormía, se fumaba, se "truqueaba", no faltando las tortas fritas ni los chicharrones y la farfina tostada; en tanto, el mate circulaba a todas horas del día, a discreción. Y la lluvia seguía cayendo, alambrando los campos de arriba pa'bajo con sus hilos de agua. Apenas si se divisaba el monte y una que otra cuchilla. Cuasi que allá, a las cansadas, el tiempo asujeté el pingó del agua a media noche.

.....
— "Güe... ¿pa'onde iba rumbiando yo con el cuento?... ¡Ah, sí! ¡ahura ricuerdo! Decime, Paulo... ¿vos nunca oíste la historia de "Los Mellizos", de apelativo Videla y lo acontecido a causa de una "barajada"?

— No... pero cuente Tío Tucú... Cuente nomás.

— Y la cosa jué ansina. Antes tengo que contarles que a los Videla, tuitos los tenían por "hermanos mellizos", y no lo eran. Se habían criado juntos, aquí, en esta misma estancia. Uno era hijo de una piona muy poco paradora, que estuvo conchabada hasta que destetó al hijo, dejándolo de regalo al capataz de la estancia, al tal Videla. El otro era hijo de una lavandera que tenía siempre la costumbre de regalar los hijos a los estancieros ricos para que se los criaran, asína se los "hacían gente". Tu agüelito, entonces, se los endosó a Videla, ya que era casao y sin hijos. Yo, que los vide "gurisitos", yo que los vide criarse juntos, puedo asegurarles que cuando llegaron a hombres, fueron dos arrogantes mozos. Uno se llamaba Gumersindo y el otro Liborio. En todo, siempre estaban de acuerdo. Nunca

se llevaban la contra. Hasta vestían cuasi iguales; si uno compraba un sombrero, una bombacha o una camisa, el otro adquiría las mismas priendas. Siempre andaban juntos en toda reunión y hasta en los bailes sacaban la misma moza para danzar; primero el uno, luego el otro. Ni que fueran hermanos por lo igual. Les decían "Los Mellizos". En lo único que no andaban di'acuerdo, era en cuanto "al partido". Uno era "Blanco" y el otro "Colorao". Eran trabajadores, honraos, sobre todo muy serviciales. Eran muy apreciados y sabían conquistar la simpatía de la gente.

—¿Y lo de la "barajada", Tío Tucú? —interrogó Pablo.

—Pa'ese lao voy diendo. Pues ese día que los campos taban que eran un baño y arreciencita el sol mostraba su cara anunceando güen tiempo, poco antes de salir la gente, a arrejuntar la novillada cimarrona, se le ocurrió a un peón, para entretenerse, "jugar a la barajada". Muy pronto se trenzaron unos con otros. Era una de risas, dicharachos, de cachetadas y zapatillazos que daba gusto. De pronto, el que había iniciado el juego se le ocurrió decirles a "Los Mellizos": ¿por qué no juegan a la barajada, ustedes, ya que uno es "Blanco" y el otro "Colorao"?

—Y güeno, —contestó Gumersindo; si quiere mi compañero... no me opongo. —¿Querés barajar Liborio?

—Güeno, si vos querés?

—Aprontate, entonces.

—"Aquello, Paulo, jué al principio como una fiesta; pero la cosa no paró ahí. Todos los presentes tomaron en serio el asunto; se trataba nada menos que de "los partidos"; formaron dos bandos; abrieron cancha y comenzaron las apuestas; unos a manos del "Blanco" que era Gumersindo, y otros, a mano de Liborio, el "Colorao". Aquello resultaba divertido al principio y las apuestas iban en serio. Los mellicitos se golpearon y se cachetearon de lo lindo. Hasta nombraron un juez pa'fallar. En una d'esas Gumersindo "a mano limpia" le hizo un dentro al corazón; luego

si uno
nisa, el
an jun-
mesma
Ni que
ellizos",
nto "al
an tra-
an muy
nte.

ó Pablo.
campos
raba su
a gente,
ó a un
y pron-
dichara-
de pron-
cirles a
ustedes,

ni com-
io?

a fiesta;
aron en
s parti-
enzaron
Gumer-
ello re-
en serio.
o lindo.
Gumer-
; luego

le tapó la boca a su contrario hasta hacerlo sangrar. Hubo uno que dijo: "me juego tuita la plata del cinto a manos del "Blanco".

La apuesta le jué tomada en seguida.

Liborio se enderezó y dijo: ¿vamos en serio?

—Güeno, si querés, aprontá el puñal.

Salieron a relucir los puñales. Ambos hicieron de "tripas, corazón", motivo por el que, hasta igualaron los golpes. La cosa diba pareja, "tajo a tajo"; los dos "mojaban a un tiempo".

Y los peones seguían apostando cada cual por su lao. Vayan viendo, gurises, lo qué es la pasión de los orientales por nuestros partidos tradicionales.

—¿Y no hubo uno, —dijo Pablo—, que los apartara en medio de la pelea?

—No, Paulo. Si aquello iba en serio; taban "de apuestas"; corría la plata como agua. Y después... ¿quién se mete a apartar a dos tigres orientales en medio de una pelea?

—De veras... —dijo un pequeño oyente.

—¿Saben, gurises, en qué terminó la cosa?

—No... —dijeron varios a la vez.

—Pues cayeron los dos en tierra. Yo vide cómo a ellos les relumbraban los ojos de tan acaloraos; vide chocar los aceros ensangrentaos y cuando al mismo tiempo los dos se clavaron los puñales muy cerquita del corazón.

—Y las apuestas, Tío Tucú ¿se pagaron? —dijo Pablo.

—Naidés cobró nada; se dió por "puesta", como en la **Guerra Grande**. no hubo "ni vencido, ni vencedor". Y vos sabés, Paulo, que cuando cayeron en tierra, cuando ya estaban en el último resueyo, se fueron juntando, poco a poco, y se hablaron bajito...

—¿Y qué se dijeron? —preguntaron varios.

—Se le oyó decir a Gumersindo: —"Comenzamos en broma y terminamos en serio. ¡Perdoname, hermano!" Y Liborio contestó: —"¡Sí... y vos también, perdoname!"

—Los dejaron juntos mucho tiempo, hasta que llegó la Polecía y el Juez. Cuando los vieron, taban abrazaos, con las caras cuasi juntas; parecía que se querían besar.

Dos lagrimones asomaron a los ojos del "Tío Tucú", y ante la consternación de todos, puso fin a su relato con estas palabras:

—¡Qué disgracia tan grande la de los pobres "meyicitos"!

NDAS

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

legó la
os, con
icú", y
to con
"me-

El Negrito del Pastoreo (Cuento Infantil)

El Negrito del Pastoreo

(Cuento Infantil)

Ya viene... Ya viene llegando a "las casas" el tío Tucú; es él, sí, no hay duda: es inconfundible. Viene del Monte criollo cercano, donde tiene su humilde vivienda, y, como ya lo he dicho, viene renqueando, renqueando, con la pierna derecha casi a rastras, y con el atado de leña trozada al hombro, pronta para el consumo diario de la cocina de la estancia.

Por más frío o calor que hiciera, lloviera o tronara, poco antes de morir la tarde, aparecía siempre más o menos a la misma hora, la abultada silueta del tío Tucú de la cual parecía desprenderse, como si fuera una colita blanca, el trillado camino, formado desde hace muchos años por las huellas que imprimían sus pasos al salvar la distancia de su recorrido diario.

El primero en avistarlo y hacerle los cumplidos de práctica era Pablo, el "patroncito". Era éste un muchacho bueno y grandote; tendría unos catorce años; de gran contextura física y cuyas piernas fornidas ya estaban pidiendo pantalones largos.

Apenas llegó el indio leñero, antes de echar al suelo su carga, Pablo, con cara entristecida y más que consternado, a punto de que ya le golpeaban las lágrimas en las puertas de los ojos, dijole:

—¡Nos ha pasado una disgracia horrible, tío Tucú! Acá estamos todos de duelo. ¡La "Guachita" se nos ha extraviado! ¡La pobre "Guachita"!

—¿Pero, a qué te referís vos, muchacho?...

—A la "Guachita", sí; hágase el que no sabe. La oveja que hemos criado con mamadera. Mire que se está olvidando desmemoriarlo. ¿Usted mismo no jué que la trujo del monte arriación parida, tío Tucú?

Y el indio, con afectación, haciendo como que hacía memoria:

—Ah, sí, m'hijito! Ya sé a que te referís... Es a la ovejita que te regalé... ¿Y qué jué lo que pasó?

—¿Pero usted está sordo, tío Tucú, no le dije arriación que se nos ha extraviado?

—¿Y la han buscado bien? ¿No estará escondida en alguna parte?

—No hay lugar donde no se haiga revisado. ¿No habrá ganado p'al monte? ¿Usted no la vido, "tío Tucú"?

—Que yo lo sepa... hasta el momento...

Y al rato agregó:

—Güeno, "gurises", no me acorralen ni me arremojen; miren que yo no soy oveja; déjenme paso; abran cancha, miren qu'estoy muy cansado. Ni se acuerdan que todo el día me lo paso achando leña p'al juego de la cocina de ustedes. Ni son capaces de ofrecerme un asiento y eso que los bancos y sillas sobran en esta casa.

El venerable anciano, aquel indio crudo, casi octogenario, que conoció tantas generaciones en aquella antigua estancia de los Souza, testigo de todo acontecimiento de importancia en la comarca, llegaba rezongando, y, entre rezongo y rezongo, fué desprendiéndose de su carga, con la ayuda de algunos de los muchachos.

Una vez ubicado cómodamente, no lejos del horno de ladrillos con ambas manos apoyadas sobre su viejo bastón de guayabo, miró a todos los "gurises" que fueron cayendo poco a poco, como "llovidos del cielo" y después de soltar la última bocanada de humo por sus grandes narinas, comenzó pausadamente por apagar el pucho del cigarro de chala con la uña larga de su meñique izquierdo y tan pronto lo puso tras la oreja, comenzó de nuevo:

—¿Saben lo que estoy pensando, gurises? ¿Saben lo que podríamos hacer pa que aparesca la “Guachita”?... Pues... ¡Sería santo remedio! Hay que prenderle un cabito'e vela al “Negrito del pastoreo” y van a ver ustedes cómo aparece. ¿Nunca han oído contar la historia de ese santito tan adoraó en nuestra campaña?

Algunos que ya conocían “algo”, se apresuraron a decir:

—¡Deveras!... ¡Mesmo, tío Tucú!

Más de uno se comidió para ir en busca de lo insinuado.

Y el indio tomó de nuevo la palabra, relatando con sencillez casi bíblica, todo lo que sabía sobre el “Negrito del pastoreo”:

—Cuentan los antiguos esclavos negros, que, cierta vez, apareció en un monte, junto a la “picada” de un arroyo, un negrito recién nacido, abandanao tal vez por alguna madre desorejada. Acertó pasar por allí un jinete que al sentir el llanto de la criatura se abajó, lo envolvió en su poncho y lo entregó a los moradores del primer rancho que encontró a su paso. Dicen que lo criaron; pero como en ese tiempo existía la esclavitud, con seguridad que le habrían dao muy malos tratos por haber tenido la disgracia de ser negro. El que lo adoptó, asigún las mentas, era un hombre de mal genio, un hombre de muy malos sentimientos. Y dende muy chico, al pobre negrito lo ponía a trabajar de sol a sol. Dicen que lo castigaba por cualquier zoncera.

Siempre se lo pasaba pastoreando ovejas y güeyes. Y di ahí, que todos lo conocieran por el nombre de “Negrito del pastoreo”. Una vez, no sé si ustedes han oído contar, se le perdió una yunta de güeyes al pobre negrito, y el patrón que era un hombre de muy malas entrañas como deciba, por no matarlo a lazazos, ordenó a sus peones que lo pusieran en penitencia. ¡Y qué penitencia! ¡Pobrecito!

Todos los presentes estaban pendientes de la palabra del narrador gaucha, estaban absortos, boquiabiertos. El indio, con palabra dulzona, agregó: a ver quien de ustedes me trái un cabito'e vela, asina se lo prendemo ahura mesmo al "Negrito del pastoreo", bien puede ser que realice el milagro de que la ovejita, la pobre "Guachita", aparezca. Y luego agregó sentenciosamente: Yo siempre tuve mucha fé dende chico en ese humilde santito; si no tenía un cabito 'e vela, le ofrecía aunque ma no juera un "puchito", que nunca falta en la oreja de un gaucha "pitador". ¡Ah!... me olvidaba de decirles que después de encendido el "cabito" hay que rezá, ante, una orancioncita de rodillas.

—¿Y cómo es la oración? Dígala, pues... dijo uno.

—Pucha que ustedes siempre andan apuraos. Esperen un poco. ¿Trujeron ya el cabito'e vela que les dije? Miren que hay que prenderlo en un rinconcito y rezar todos juntos la oración.

De pronto uno de los de la rueda se abrió paso y tendiendo la mano dió a elegir varios cabitos de vela al viejo leñero.

—Trái éste —dijo— es el mejorcito, el más grandote. No vamo andar con miseria. Luego sacó una caja de fósforos de un bolsillo, hizo luz con uno de ellos, arrimó al cabito de vela y con la llamita de ésta encendió el "pucho" de chala que guardaba sobre la oreja derecha. Aquella luz, emanada de entre sus manos sarmentosas, tenía extraños reflejos. Dábale una pátina resplandeciente, de un rojo vivo, a su rostro. Parecía, en ese instante, un sacerdote seguido de sus feligreses. Dió algunos pasos y buscando el lugar apropiado para hacer su ofrenda al "Negrito del pastoreo", llegó hasta el horno de ladrillos y lo depositó en su boca. Todos estaban como absortos y atentos al más leve movimiento; parecían estar frente a un altar. El indio se santiguó, dejó cerca del "cabito" encendido su "puchito" que ardía, soltando espirales de humo azul, y luego díjole a sus espectadores:

—Ahura, póngansén de rodillas y recen en voz alta, conmigo, esta orancioncita:

*Negrito del pastoreo;
Santito de lo perdido,
vos que siempre juiste güeno,
hacé que baje del cielo
todo lo que yo te pido.*

Y se oyó en la soledad campesina, un dulce coro infantil, cuarteado por la voz de flauta del venerable tío Tucú.

—Ahura repitan todos, bien alto, esto: —¡Que aparezca la “Guachita”!

Y como un eco agrandado, de erizadas voces, resonó ante el horno de ladrillos:

—¡Qué aparezca la “Guachita”!

Las primeras sombras de la tarde ya habían cercado las casas y el sol marchaba lento, perezosamente, al ocaso; estaban “entre dos luces”. El campo parecía dormido; oíase el canto arrullador de los grillos cercanos, mientras los “bichitos de luz” jugaban a las estrellitas entre los pastos. Surgen sombras y más sombras por todos lados y con ellas, la noche trae la celeste claridad de las primeras estrellas.

Se oye el grito —casi carcajada— de un zorro lejano, y a la distancia, parece que viene agrandándose cada vez más, el balido triste, desesperado de una oveja, que viene corrida del monte, en dirección a “las casas”. De pronto, todos los presentes fueron sorprendidos por un ruido de pezuñas y el balido de una ovejita que venía a todo correr por el caminito. De todas aquellas gargantas, saltó como una sola exclamación:

—¡La Guachita! ¡La Guachita!

Y el indio, emotivo y creyente:

Pero... ¡y es, mesmo! ¡Es ella! ¡La Guachita! ¡La Guachita!

Y alzando los brazos al cielo, agregó:

—¡Otro milagro del Negrito del pastoreo!

NDAS

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

ta! ¡La

“El Lobizón”

(Cuento Infantil)

"El Lobizón"

(Cuento Infantil)

Esta vez, el venerable tío Tucú, personaje de charla amena y con grandes conocimientos de la comarca, el amigo de todos, y muy especialmente de los muchachos a quienes entretenía con sus infinitas narraciones, llegó más temprano que de costumbre.

Es la hora insoportable de la siesta, de un verano lleno de ardores. Casi todos, en aquella antigua estancia, hacen las del lagarto estirados panza arriba pero solazándose a la sombra. El sol resplandece por los caminos, llanuras y colinas. Los árboles están quietos: ni la más ligera brisa mueve sus hojas. La atmósfera es realmente sofocante: está llena de bochorno.

Del monte criollo donde el venerable tío Tucú tiene su vivienda a las casas, debe de haber unas diez cuabras. Hay un camino angosto, un trillo limpiísimo, formado por las huellas de sus pasos, desde hace... no se sabe cuántos años. Llega con su gajito de ruda en la oreja contra "daños", "pasmos" y "mal de ojos". Llega como siempre, como casi todos los días, renqueando, paso a paso, empujado por las lluvias inclementes en el invierno, o empujado de soles rajantes en el estío, con su carga de leña al hombro, pronta para la combustión.

—¡Güenas, mocitos! ¡Dejen pasar a gusto; no se me arrejuntan; abran cancha!

En un abrir y cerrar de ojos, como todos los días, hubo una irrupción de muchachos, perros y hasta una oveja guacha tráida de tiro por Pablo, el "patroncito", infaltable a todas aquellas reuniones.

Este, al recién llegado, dijo:

—¿Y qué nos trái de nuevo hoy, tío Tucú?

—La leña, m'hijito.

—¡No! No me refiero a "eso". ¿Qué cuento nos va a contar hoy, qué historia?

—¡Uff!... ¡Pero miren que son gurises cargosos ustedes!... No he pegao el primer resuello entoavía y ya quieren que encomience con los cuentos. Ni que uno juera un gramófono. ¡Miren que son cargosos! Ni tienen lástima de este pobre viejo que si acaba di hacer a pie más de diez cuadras pa tráirles la leña picada pal juego. Se conoce que tuitos ustedes acá en "las casas" lo pasan a lo rico, mientras el pobre tío Tucú, el agüelito de todos ustedes, no tiene ni con que hacer cantar a un ciego. Vengo, como siempre, a buscar, di apuro, la carne. Tamién mi hace falta yerba, fósforos y tabaco. Si tienen una factura de cerdo como la de la vez pasada, no la desprecio... Algún pedazo de queso del casero... gayeta no me traigan más nunca ¿saben?... Ahura soy como el ternero mamón: mi dentadura es pobre; prefiero el pan hecho en "las casas". Tráiganmen tamién, —no se me olviden,— un pedazo de guayabada... ¡Miren que comiendo dulces, a nosotros, los viejos, nos salen mejores los cuentos!... Y sobre todo con el de guayabada.

—Demen la maleta de tío Tucú, dijo Pablo, el "patroncito". Y en seguida ordenó a Leoncio, al pardito, al hijo "de naidés": —Ché, andá decile a Enriqueta, que digo yo, que enyene hasta que se redame la maleta, y que no se olvide de ponerle una de las latitas de dulce de guayabada, asina el agüelito nos cuenta mejor las historias.

—Gracias, m'hijito. Vos sos igualito a tu finao "tata" en lo de "mano abierta". Esto mesmo se lo decía a él

cuando era gurí, más o meno cómo vos. Sos igualito a él en lo generoso pa los dulces. Mirá... y no vayas a creer que "eso" de los dulces es una invención mía. Es cosa muy sabida que comiendo guayabada salen mejor los cuentitos; es cierto que a veces se le podrá escapar a uno alguna "guayabita"; pero no ofendiendo a náides ¡qué importa! ¡no eh?...

Pablo, después de una sonora carcajada y de festejar la ocurrencia con sus compañeros, reconvino dulcemente:

—Con que cuenta sus mentiritas, ¿no? Y, entonces, coma dulce de membrillo...

—Ta güeno... ¡Qué salidas tenés, Pablo! Hay mentiras que son historias. Hay historias que son mentiras. La vida es asina...

—¿Y no toma asiento? Sirvasé de esta "butaca" y estará más gustoso.

—Gracias m'hijito. Sos atencioso; igualito en cara y corazón a tu finadito "tata"... Siempre le ofertaba a uno un asiento pa poder descansar a gusto. ¿Cómo pa no sentarme con esta caminata! ¡Mire que está fuerte el sol! Es un diluvio de sol. Hay un sol que raja. ¡Y esa pobre oveja qué hace áhi? ¿No ven que se v'afisiar? Semos muchos ya...

—¡Pobre!... ¡es la guachita! dejelá, tío Tucú, asina escucha tamién...

—¡Pobrecita, mesmo, ya lo creo, es guacha! Yo juzgo quien la truje del monte; apenita parida se había extrañado, ni sé cómo... ¿Ti acordás, Paulo?

—¡Si podré recordarlo! Güeno, agüelito, déjese de tantos rodeos y cuéntenos de una vez el cuento del zorro. Mire que "ese" nos gusta mucho.

—¡Otra vez el mismo cuento! Pero ¿si han güelto locos ustedes o qué les pasa? ¡El del zorro ya lo he contaó más de mil veces! Mas mejor les cuento el del lobizón; hay que variar de tema; la misma comida siempre aburre, ¡che!...

—Güeno... ya'stá. ¡Qué lo cuente! ¡Que cuente el cuento del lobizón!

—¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente! —corearon aquellos "gurises" dulcemente, a manera de ruego.

—Güeno... les viá hacer el gusto. ¡Son ustedes tan güenitos, tan camaradas, que no me puedo negar! Les contaré el cuento del lobizón.

—¡Es una "guayabita", tío Tucú preguntó el más pequeño.

—No, m'hijito, es una historia que aconteció hace una puntita de años... Eso sí, les voy a pedir silencio y mucha atención, y sobre todo que no me interrumpan cuando hable; uno ya es viejo y en cuantito me "atajan el paso", se me juye el cuento'e la cabeza. Miren que "esto", aunque les parezca mentira es cierto, como que ahora hay luz. (Y todos movieron la cabeza y miraron hacia el campo, como para cerciorarse que había luz).

—Entonces, yo era mozo. Porque han de saber ustedes que yo también jui mozo y que no siempre tuve esta cara de viejo feo...

—Usté es un viejo lindo, tío Tucú, —dijo Eusebio.

—¡Viejos son los trapos!; luego, sonriendo, agregó: por lo de "lindo" te doy las gracias.

—Y... cuándo v'empezar el cuento? (El que hablaba era Leoncio, "el hijo de náides", que recién llegaba a la rueda).

—Ustedes m'interrumpen; no me dejan hablar. ¿No ven que mi memoria está lerdianando? Güeno... Ya en seguida viá entrar a la pista y de un solo golpe lo cuento... Taba... taba... en... ¡ah!... ¡sí! Yo, como les decía, era un güen mozo... Era cuasi un "tiata" n'el pago.

—Ya nos dijo "eso" muchas veces, tío Tucú, osó decir Leoncio.

—Y güeno... Por ahí empieza el cuento, pavote. Yo andaba siempre muy empilchao en esos tiempos, pués, como era mayordomo de una de aquellas grandes estancias de los Souza... Era un mozo que me gustaban las

diversiones. Era, además, un gran acordeonista, un acordeonista "de mi flor", muy solicitado. Tuve mis güenos "parejeros", un "ruano" y un "tostao" que eran en el triye como relámpagos; jamás "comieron cola". Tuve en esos güenos tiempos mi peacito'e campo, mis ovejitas, y una manada de peticitos que se habían güelto baguales de tanto monte. Güeno... pues... si... como les diba diciendo... ¿Güe?... ¿Güe?... ¿No ve? ¡Toy chochando!... ¡Qué cuento era el que les diba a contar?... Ah, ¡sí! ¡sí! ya ricuerdo... Como les decía, yo juí güen mozo y me pude haber casao con más di una estanciera rica de pago; más de una moza se hacía la distraída cuando yo le arrastraba el ala... Nunca me gustaron las carpetas ni el boliche. N'esos lugares, no si apriende nada güeno váyanlo sabiendo, ¡eh! Miren que eso es la perdición del hombre. Eso sí, tenía mi preferencia por cuanta fiesta criolla. Onde había un asao con cuero allá taba yo; en toda doma o yerra del pago contaban con mi presencia; onde había una carrera de sortijas, allá taba yo. En las "carreras" jugaba uno que otro pesito por compromiso. Eso sí, jugaba sin apasionamiento; nunca perdí los estribos n'esas ocasiones, así como tampoco nunca perdí la cabeza por ninguna mujer.

—Pero cuente de una vez el cuento que nos diba a contar, tío Tucú, No divarée...

—¿Quién habla?... ¡Ah, sos vos Paulo? Toy haciendo aparte de palabras no más. Toy pasando revista a los recuerdos en mi memoria.

—¿Y cómo es que empieza el cuento? —dijo Pablo con ansiedad.

—Y, ansina mesmo... ¿no estás oyendo? Tábamos hablando de cabayos. Lo que hay de por medio es que a Vds., su agüelito, los quiere aconsejar bien, "de paso", y quiere que cuando se hagan hombres sepan honrar a sus antepasados y a la patria.

—Güeno... Esta historia que les viá contar me acontecíó de mozo. Taba yo invitao pa'dir a un baile. ¿Sabén?

acordeón, güenos, l triye a esos y una les de ba di-do!... h, ¡sí! nozo y la de do yo rpetas güeno, ón del fiesta en toda; onde as "caso. Eso estribos cabeza s diba aciendo los ri- blo con nos ha- que a aso", y r a sus e acon- Saben?

Era una noche fieraza, oscura como boca de lobo. ¡Taba fieraza mesmo! Llovía a cántaros; los "pasos" taban batingones de tan crecidos. Las "picadas" dejuro que ni se véian. Era aquello pior que'l diluvio universal. Relampagueba. Yo tenía que dir al baile aunque juera montao en un relámpago; pa éso había dao mi palabra de honor a unos amigos. El hombre, sepan, cuando empeña su palabra, debe cumplirla cueste lo que cueste. Y yo había empeñado mi palabra. ¡Llovía, pués, a cántaros! No tenía más remedio que dir, y eso que quedaba a una sinfinidá de leguas. La noche taba oscurita mesmo, oscura como el alma de un bandido. Ni se véian las manos. A veces miraba con tristeza mi acordeón y le decía con la mente: me parece que te vas a quedar sin baile... Medité un rato antes de salir juera del rancho, porque sentí cerquita, muy cerquita a la puerta, mesmos como si unos truenos reventaran sobre la tierra, y luego unos tremendos empujones y el troterío de los bazos de una "caballada"; parecía que el pampero había descargado tuitas sus furias contra mi rancho.

—De juro que habían soltao al diablo, —se oyó decir,

—Deveras, asina era. Güeno... como les diba contando, con cierto recelo, saqué la tranca e'mi rancho y con la puerta entornada miré pa juera. ¡Vieran ustedes que batahola se armó! Jué aquello una de relinchos y coces que me asustó al prencipio. ¿Saben lo qué era?...

—¿Y qué era tío Tucú —interrogó uno.

—Pues... era una manada de peticitos, a cual más lindo; había de tuitos pelos; había pa conformar cualquiera de los gustos más exigentes.

—¿Y no había dicho, tío Tucú, que taba tan oscuro que no se véian ni las manos?, —dijo, sin mala intención, Pablo.

—No se véian, sí, Paulo; pero vos sabés que los relámpagos di a ratos hacían de candil. Prosigo: ¡miren qué bien me viene "esto"! Parece mandao del cielo, me dije; vá enlazar uno, asina me lo ensiyo y me voy pal baile.

Era una manada de peticitos que había venido disparando del monte, con las colas entre las patas, asustaos tal vez por los relámpagos y las centellas que caían, amenazando derrumbar tuito lo que encontrara por delante. Güeno truje las boliadoras... ¿no?... y ahí no más, del primer tiro bolié a uno. ¡Vieran ustedes qué peticito más lindo y vivaracho! Era de pelo "lobuno"; ya saben que son machazos p'al agua; son como patos. Con las primeras guascas que me topé le hice un bozalito y con un apero a lo pobre, rumbié p'al baile, con mi acordeón bajo el poncho, y un porroncito de "giñebra", al que, de cuando en cuando, le daba un beso pa criar coraje, pues, como le decía, la noche era fieraza. Nos internamos entre lluvia y viento por el monte. El animalito enderezó al "canal" aquel donde están los guayabos. Los árboles se sacudían de lo lindo; crujían los ramajes. El aguila no respetaba a náides. ¡Una cosa nunca vista, era aquello! Vide una sinfinidá de árboles tiraos por el suelo. Y el peticito era conocedor de aquellos lugares; se abría camino; parecía un animal de circo; cualquier ostáculo que encontraba daba un salto. De entre las malezas, "gurises", vide relumbrar los ojos de más de un "yaguareté". El poncho cuasi me llegaba al suelo. Tenía que arremangarlo un poco, pues apeliaba "boliarse" el animal. Redepente los relámpagos alumbraban tuito el monte, y se véían, por momentos, como si fueran fantasmas, los árboles con los "camuatices". Entonces cerraba yo los ojos pa no ver... Ni sé por dónde me llevaba aquel animalito. Yo lo dejaba a rienda suelta nomá; lo dejaba que hiciera de vaquiano; ¡Mire que cruzamo por entre zarzas, chilcas y abrojales!... A veces me parecía que me topaba con una enredadera muy fina, y, pa eso, eran telas de arañas. Yo nunca en mi vida había visto monte tan espeso. Fueron pocos los canales que encontramos a nuestro paso. Redepente el "lobunito" dió como un tremendo salto y me cercioré que ya no trotaba más. Sentí de pronto un frío en las canillas. Había comenzado a dentrar agua por el caño de mi bota.

parando
tal vez
nazando
Güeno...
l primer
ás lindo
que son
primeras
un apero
bajo el
e cuando
como les
lluvia y
"canal"
sacudían
espetaba
Vide una
cico era
parecía
contraba,
vide re-
poncho
garlo un
ente los
ian, por
con los
o ver...
o dejaba
raquiano
jales!...
redadera
ca en mi
s los ca-
e el "lo-
ioré que
canillas
mi bota

Jué entonces, cuando arreciën me dí cuenta que taba atra-
vesando un río, un río ancho que había salido de madre...
—¿Y los ríos tienen madre, tío Tucú? —interrogó uno
de los muchachos.

—Se dice asina, m'hijito, cuando salen campo ajuera
a matreriar. Güeno... ¿no ve?... ¿ande diba el cuento?...
¡Ah! otra vez se me olvidó. A ver, vos, Paulo, decime por
dónde diba yo n'el cuento... ¡Ah, sí!... No me interrump-
pan más; miren que los dejo sin el final.

—Diba atravesando el río... ¿No jue asina que nos
dijo? —contestó el solicitado.

—¡Ah, sí!... Tenés razón. Diba atravesando el río.
¿Qué río! ¡Santo Dios! no se véian oriyas ninguna! ¡Era
un río anchísimo! Yo taba hecho una sopa; tuito empapao.
El agua que cáia sobre mi poncho mojao sonaba como si
fuera sobre el cuero de un tambor. Y el peticito seguía na-
dando: nadaba lindo el "lobunito"! Güeno... Ya saben
que el "lobuno" es el pelo p'al agua ¿no? A veces rezaba
aquella oración a Doña Santa Bárbara, pa'que cesara el
temporal. Ustedes han de saber esa oración; es muy
conocida.

—La mamá de Paulo me la enseñó tío Tucú, —dijo
el pardito Leoncio.

—Yo tamién la sé de memoria. ¡Es más conocida que
la "ruda", —agregó otro de los oyentes, casi sentenciosa-
mente.

Y Paulo: ¡Cayensén, ¿quieren? ¡Miren que tío Tucú
se va a retobar por culpa de ustedes!

—Güeno... Como les diba diciendo, yo seguía rezando
la oración a doña Santa Bárbara p'a que se apiadara de
mí, y han de crer ustedes que al ratito nomás, dejó de
tronar, se calmó el viento, l'agua castigaba meno y la tor-
menta jué aplacándose poco a poco. Tamién es muy cierto
que yo tuve siempre mucha fé en los santos del cielo. De
pronto me encontré con un arenal; era una playa; y en
seguida nomá me topé con un yano enorme con muy poca

pastura. Era un vasto campo, completamente liso, sin cerros ni cuchillas; sin plantaciones. Pa'mí que aquello debería ser la pampa argentina tan mentada.

Y por áhi el peticito s'encontró a sus anchas; comenzó a galopiar; y al galope tendido, ni se cuánto tiempo anduvimo po aquellas yanuras... ¡Ni un cerro! ¡Ni una cuchilla! Solo había uno que otro ombú perdido por los camino. ¡Mire que galopiaba lindo el bicho que montaba! Y diba con las riendas cuasi sueltas. No ricuerdo si les había dicho que yebaba mi acordeón. En una de esas se me ocurrió, tocar unas piezas pa'legrar al "lobunito" que tan bien se había portao en todas esas peripecias. Le metí dedo al acordeón: asina, de paso, ensayaba las últimas polcas y vales de moda de aquellos tiempos. ¡Y han de creer ustedes que el peticito era lo más afeto a la música! Redepente daba unas cuantas vueltas a la redonda; parecía que quería bailar. Toqué ni se cuántas piezas, antes de yegar a las poblaciones. Cuasi todo mi repertorio. ¡Si vieran cómo le gustaban los compases de los valeses tristes y las mazurcas querendonas...! Apenitas terminaba una pieza, había que seguir con otra porque si nó, amenazaba con pararse... Y yo seguía haciéndole el gusto; no le mezquinaba mi acordeón. De pronto divisé una luces. Eran los ranchos del "Clu-Social". La fiesta había comenzao a pesar del mal tiempo. El que habla jué recibido entre vivas y aplausos. Taban las mozas más lindas que uno pueda imaginarse. De tuitos los pagos habían cáido gente y eso que la noche era fieraza como les deciba. No se véian ni las manos. Taba mesmito oscura como boca'e lobo. Güeno... Antes de pasar a la sala de baile, até en el palenque a mi peticito, le hice unas caricias y al tiempo que lo tapaba con mi poncho, le decía: "ya que te has portao tan bien, te voy a comprar un lindo apero, y entonce te voy a regalar a mi ahijao. ¡Vas a ver qué bien te van a tratar! No vayas a bellaquiar; mirá que el que va a ser tu "amito" tiene cuatro años y no es muy jinete..."

A esta altura de su relato, el narrador observó a todos los oyentes, dióse cuenta que era escuchado con atención, y luego tosió, una, dos, tres veces. Y en seguida, agregó:

—Güeno... y dentré a la sala de baile. ¡Mire que nos diversionamos en aquella fiesta! Eramos dos los acordeonistas. A veces nos turnábamos. Entonce era cuando yo "tayaba" con las mozas y había que ver cómo se me ofrecían; a cual más gustosa de bailar conmigo. Había licores y masitas de todas clases. Güeno... risuelta... ¿güe? ¿güe? ¡toy chochando! ¡No ven! ¡Ah! sí, si... ¿Qué me decías, vos, Paulo? ¿Me hablaste?

—¿Güe?... Yo no dije nadita. Dende hoy toy escuchando tío Tucú, dijo el "patroncito".

—Ah, sí... Es que ya se juye la historia e'la cabeza. Ya estamos po el final. Pues, si... Arreciencita comenzaba a clarear. El cielo taba lechoso. La gente se había diversionado de lo lindo; pero ya era la hora de que volviéramos a nuestras casas. Algunas mozas comenzaban a bostezar; los candiles daban ya poca luz; la fiesta taba en su término. Se oía el canto e los gallos; y los "terutereros" habían levantao el vuelo. Ladraron los perros. Seguía clariando. De pronto, inesperadamente, unas cuantas parejas que habían salido a tomar el fresco, llegaron asustadas, con un julepe de mi flor, y comenzaron a llamar a unos y otros. Tenían las caras largas, color de membrillo maduro; algunas mujeres se las tapaban, y otras delataban terror, mesmo, y señalando a uno de los palenques onde se véia un gran bulto negro, decían: ¡un lobizón! ¡un lobizón!

En seguida se amontonó la gente frente a la puerta de entrada. Aquello fué un bochinche. Algunas viejas comenzaron a santiguarse; otras hacían cruces en el aire y decían: "juite, lobizón maldito! ¡Juite!... En fin, aquello era un griterío, un alboroto fenomenal, difícil de relatar. Yo, apenita si pude ver en realidá un bulto negro entre aquel gauchaje alborotao, más o meno por el palenque onde dejé al "lobunito". Yo no pude ver bien qu'era a

ciencia cierta; pero calculé que el animalito se había enloquecido, que quería disparar y que relinchaba de rabia. Y que, enredao en mi poncho daba vueltas y más vueltas; no se veía bien de qué se trataba. Con todo, me acerqué, puñal en mano, para rescatar algo, aunque má no juera alguna e mis garras, pero "aquello" pa muchos risultó una diversión más... El paisanaje taba con los licores en la cabeza y tal era el entrevero y el griterío, que no me jué posible allegarme al palenque pa cortar el bozal. Yo quería convencerme si aquello era en realidá un lobizón, como decían. Y vean gurises... lo que son las cosas de "Mandinga"... En cuantito vino la luz del día, el bulto se hizo humo... Y solamente encontré a mi pobre poncho llenito de tajos y agujereo por las balas.

—¡Y sería un lobizón nomá! A lo mejor se allegó a sus ranchos, tío Tucú, y se revolcó entre la manada de peticitos baguales cuando la tormenta, —corroboró Pablo, mientras que los otros muchachos permanecían como mudos, estáticos, sin saber qué decir ni hacer.

—Sí Paulo, yo siempre he calculáo que llegue montao en un lobizón al baile. Uno de esos hombres brujos, el sétimo hijo varón, que tienen pacto con "Mandinga". Dispués... como se trataba de un día viernes...

* * *

Y una vez más la misteriosa leyenda del lobizón, salía jubilosamente de los labios del tío Tucú, para seguir floreciendo a través del tiempo, en aquel ambiente campesino, tan lleno de humildad y sencillez casi bíblicas, y propicio a toda clase de supersticiones y aquelarres.

en-
bia.
tas;
ué,
era
ina
la
me
Yo
ón,
de
lto
on-

a
de
lo,
au-

on-
el
is-

a-
uir
n-
y

“Almas en Pena”

"Almas en Pena"

En el lejano horizonte, el sol parecía recostarse, cansado, sobre el lomo de una cuchilla; y mientras la tarde se iba poniendo parda con el tizne de las sombras, las dilatadas campiñas llenábanse de tristeza y desolación.

En el galpón medio obscuro, fueron poco a poco congregándose casi todos los moradores de aquella casa de campo. El tema sería sin duda muy entretenido, pues había despertado gran interés en aquellas almas sencillas. Allí estaban reunidos, desde mucho antes del atardecer, don Gregorio, el viejo capataz; Mateo, uno de los "puesteros"; cuatro peones, el pardito cebador de mate, y varias mujeres. El nuevo dueño de la estancia, que lo era un joven de la ciudad con ciertos pujos de hombre campero, había salido muy temprano rumbo al pueblo no distante, para firmar una escritura.

En la rueda, hubo momentos en que todos estaban como absortos, y sólo asentían con gestos y movimientos breves a las graves palabras que pronunciaba el capataz, gran conocedor de la comarca. Tanto les había absorbido el tema que, sin que se dieran cuenta, habían dejado de tomar mate. En todos los rostros había como una vaga inquietud, la que acentuábase más a medida que avanzaba la hora del crepúsculo, lleno de misterio.

—¿Asina que hoy es el día de l'aparición de las tres luces n'el bajo? —interrogó uno de los peones nuevos, a don Gregorio.

—Carculo que sí. Pero si el ánima ha purgao la falta, puede que no aparezcan.

—¿Y usté las vido, don Gregorio? —preguntó el mismo paisano.

—¿Si yo vide las luces?... Ahi están esos piones que no me dejarán mentir.

—¡Yo las vide! —atestiguó uno.

—¡Yo también! —agregó otro.

—Y eso de verlas dende lejos no es nada... —añadió el capataz. —Julepe lindo nos yevamos con Ezequiel, el hijo del antiguo dueño d'estos campos. Como sabíamos bien que n'este día tuitos los años y a la misma hora, n'el bajo aparecían las tres luces, juimos de tardecita a bombiar pa saber como era que se prendían.

Algunos paisanos, más criollos que la "ruda", decían qu'era el reflejo de "Las tres Marías". ¿Pero di'ande, si por esos laos no hay ni una triste cañada? Asina jué que nos escondimos bien detrás del cerro y a poco divisamos prefetamente una cruz de palo, y pegao cuasi al suelo un gran bulto negro. Sin saber cómo, apareció redepente una luz, al rato otra, y después apareció otra que s'encendía y se apagaba, hasta que al final quedó fija. Ya estaba anocheciendo y comenzamos a sentir miedo de tanta soledá. Un lechuzón pasó rozando con sus alas nuestras cabezas. Le dijimos "cruz diablo", y se perdió de vista.

De pronto, el bulto negro s'enderezó quedando convertido en una mujer de luto. La vimos tranquiarse muy dispacito rumbo a donde nosotros estábamos. "Vamos", me dijo tuito asustao mi compañero. Y salimos como alma que lleva el diablo, en dirección a las casas, de aquel lugar asombrado. Cuando dimos güelta la cabeza, ya estábamos cerca del potrero; y entuavía tuvimos coraje de mirar p'al bajo. Además, vimos bien patente a la mujer de luto que bajaba pa'el otro lao del cerro.

—Y asigún he óido contar, —dijo una chinaza, antigua peona— esas luces son el alma en pena de uno de

los primeros dueños d'estos campos, del tiempo de los españoles, que hizo no sé qué fechorias o embroyos a una pobre viuda yena de hijos.

—Cuasi le puedo asigurar —replicó el capataz— que no ha sido eso; pues las luces datan de unos cincuenta años cuando más. Por estos campos, en tiempos de guerra, si ha peliao mucho y bien puede que sea el alma de algún di-junto que está enterraó y que pide velas pa su salvación.

Estaban en lo mejor de las conjeturas, cuando varios de los peones que no cesaban de mirar al campo, se incorporaron de sus asientos y al mismo tiempo que se santiguaban, con los semblantes pálidos, llenos de terror, señalaron para el bajo desde la puerta del galpón de donde perfectamente se distinguían las tres luces que brillaban como lánguidas estrellitas a flor de tierra.

—¡Las luces malas! —dijeron.

* * *

Poco después, llegó el dueño de la estancia, “el pueblero”, como le decían los criollos, el que no creía en las “luces malas”, en “lobizones”, ni “aparecidos”, y, al ver a todos allí reunidos, con semejantes rostros en que dejaban traslucir la sensación del miedo, les relató sin alardes y con toda simplicidad, lo que le había acontecido en el camino, al pasar por el bajo, donde vió brillar tres luce-sitas.

—Me acerqué sin recelo, —comenzó. —Una vieja estaba rezando al pie de una cruz y me dijo que todos los años venía a encender tres velas a un hijo suyo muerto en la última guerra civil y que ella había enterrado en ese campo. Me pidió permiso para conservar su tumba en el lugar aquél, donde se ven esas tres luces.

—¡Pero, patrón! ¿Es verdá lo que cuenta? ¡No nos engaña, patrón!

—¿Por qué engañarlos? Vamos al bajo y se convencerán.

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

—¡No patrón! ¡No se debe jugar con esas cosas! Yo respeto sus ideas, pero naide me convencerá por más letrao que sea. Hace sesenta años que moro en estos pagos; he óido contar y he visto muchas cosas; pero esa vieja de luto con quien usted estuvo prosiando, debe de haber sido el propio "mandinga" en pinta.

El joven estanciero se fué al escritorio, y por largas horas comentaba la "peonada" supersticiosa, si sería cierto o no, lo que acababan de escuchar.

Y la leyenda se fué extinguendo con la ida de las "luces malas".

Algunos sostenían que la vieja de luto había muerto; esos eran los nuevos, los civilizados.

Y los viejos criollos, sostenían que aquella alma en pena había saldado su deuda ante Dios.

La Sequía

La Sequía

Los plantíos de las chacras que bordan las inmediaciones del pueblo, están achicharrados por el sol. La sequía inclemente continúa haciendo sus estragos. Los labriegos de callosas manos y frentes sudorosas, dicen improperios, al ver perdidas sus esperanzas, cifradas en óptimas cosechas de la tierra generosa.

Una enorme plaga de langostas primero; luego la seca que parecía no tener fin, les fué robando el pan de las humildes mesas.

Una pareja de viejos, frente a la puerta de su rancho, están sentados en un rústico banco, desde hace varias horas, contemplando con tristeza su pequeña heredad, que tiene el amarillo tinte de un enfermo.

Están quietos, mudos. Ambos piensan en lo mismo: en la lluvia benéfica y reparadora, que los podrá salvar de la miseria.

En los canteros de papas en flor, la tierra está dura, agrietada. Más que heridas parecen bocas entreabiertas, bocas llenas de sed.

El viejo, sin moverse, le dijo a su mujer:

—¿No hacés la comida?

—¿Y qué querés que haga?... ¿No sabés que ya no nos fian más porque el año va ser malo? —respondió ella, casi intempestivamente.

—Si lloviera un poco... todavía estaría a tiempo. Los

zapallos, las papas y los maizales, podrían salvarse. ¡Si lloviera!...

—¿Por qué no vas a buscar un sapo y lo ponés panza arriba? Al San Antonio lo tengo cabeza p'abajo n'el pocito... y ya vez, ni miras de llover...

—¡Si lloviera!...

—¿Y qué esperás? ¿Nos vamos a comer los ojos? Parece mentira, vos no ideás nada... ¡nos vamos a morir de hambre!

—¿Y qué querés que idée, mujer?...

—¡Algo!...

—No voy a robar...

Un largo silencio medió entre ambos.

El viejo miró taciturnamente el cielo bruñido, los canteros, la lejanía...

Una leve brisa comenzó a soplar, la que después se transformó en viento.

—Rosendo, —dijo ella con su voz aflautada— ¿sabés lo que podías hacer?

—¿Qué?...

—Andá a saludar al vecino don Matías, pedile de favor unos baldes de agua, y... vos sabés... él tiene unas gallinitas gordas. En un descuido te tráis una sin que te vea. La matás primero y enseguidita la metés en uno de los baldes.

—¡Eusebia!... ¡qué decís! ¡Vos, aconsejándome a robar!

—¡Jesús!... una gallinita... ¡valiente pecao! Dispués la necesidá obliga muchas veces...

—Que no te oiga decir más eso. Primero la muerte. ¡Mire... robarle al vecino Matías, que es tan servicial!

El cielo se fué encapotando, de pronto, con grises nubes. La noche se acercaba con pasos cautelosos, sin la temblorosa luz de las estrellas.

Cuando menos lo esperaba, en el rostro del anciano cayó una gruesa gota de agua. Extendió el brazo, como si fuera un mendicante, con la palma de la mano hacia el cielo.

—¡Llueve!... —le dijo a su mujer henchido de alegría, al tiempo que le mostraba una gota temblorosa de agua recogida en el hueco de su callosa mano.

Primero fué una lluvia mansa como una caricia, y, poco después, el agua corría libremente por los caminos de los canteros.

—Vamos pa dentro... nos tamos mojando al cuhete, dijo ella.

—¡Qué lindo, cómo llueve! —repitió varias veces el viejo y al enderezar su achacoso cuerpo, agregó: —Traeme el mortero, que voy a pisar maíz, asina mañana comemos una mazamorra.

Ya había entrado la noche. La lluvia entonaba una canción alegre. Al interior del rancho llegaba el vaho que despedía la tierra húmeda. Las fosas nasales y las bocas de los viejos se ensanchaban por momentos, al aspirar con glotonería aquel perfume amoroso. Las rendijas de aquella casucha, a intervalos, se iluminaban con los resplandores de la luz verdiplateada de los relámpagos.

Poco después, la vieja encendió una vela de sebo sobre el cuello de una botella. El, lentamente, comenzó a desgranar maíz, volcándolo sobre el mortero.

—Ni me acordaba de las espigas que tenías guardadas, —dijo ella, dulcemente—. Si me lo hubieras dicho antes, no te hubiera dao tan mal consejo.

—¡No me hables de eso!... ¡cállate!, ¿quierés?

Y, al rato, el viejo labrador, machacaba, machacaba el maíz en el mortero, con todos sus bríos, mientras ella, en un rincón, rezaba un rosario frente a la imagen de un santo.

Afuera, el cielo, como una bendición, desparramaba las cuentas infinitas de su rosario de agua.

Los Horcones

Los Horcones

A unas cincuenta varas del camino, entre dos insignificantes ramificaciones de una cuchilla, había un rancho de enmohecida techumbre de paja brava que tenía como únicos moradores a un matrimonio gaucho. Los dos eran viejos... muy viejos; ya habían perdido la cuenta de los años vividos, pero si se les juzgaba por los relatos que hacían, con todo lujo de detalles, sobre algunos hechos históricos acaecidos en los tiempos de sus mocedades, tal vez fueran octogenarios.

Hacía más de dos horas que habían apagado las luces. Los dos, acurrucados en el lecho, permanecían silenciosos sin poder conciliar el sueño.

Afuera, la lobregez de la noche era intensa. El viento aullaba con tenacidad al pasar por entre las ramas de la arboleda cercana. La lluvia caía torrencialmente, castigando sin piedad uno de los flancos de las paredes de terrón, la que amenazaba derrumbarse si aquello persistía. Sucedian a los relámpagos el estrépito de unos truenos llenos del alma de Lucifer, los que a su vez comunicaban una especie de miedo a los viejos moradores que permanecían inmóviles en el lecho.

Con voz agridulce, la viejecita repetía fervorosamente hasta el cansancio esta antigua oración gaucha la cual, según los moradores de nuestros campos, tiene un poder especial para aplacar las tormentas:

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

*Santa Bárbara bendita
Que en el cielo estás escrita...
Guarda pan, guarda vino,
Y gente del peligro.*

El armazón de la cumbrera del rancho seguía cimbrándose cada vez más. La tranca de la puerta de entrada parecía ceder al empuje del temporal.

Hubo un cambio repentino de viento; luego, poco a poco, fué restableciéndose la calma. Las descargas eléctricas en la atmósfera fueron perdiendo sus fuerzas hasta agotarse. El viento, al colarse por algunos intersticios de las derruidas paredes se trocó muy pronto en un prolongado plañido, confundiendo con el acento quejumbroso de la anciana que seguía rezando su rezo.

¡Oh!, ¡cuánta soledad!

—Si no fuera por la oración que m'enseñó la fináita mama, tal vez se nos hubiera cáido el techo —balbuceó ella.

—¡Entoavía están juertes los horcones! —contestó él, pausadamente.

Ella, atraída por un lejano recuerdo, en blando tono interrogó:

—¿Ti'acordás, Nemesio, cuando juntos los dos comenzamos a costruir el rancho?

—Sí... ricuerdo.

—Vos... cuando yo hacía los aujeros en la tierra pa'enterrar los horcones, me decías: "ya'stá... ¡basta!... mirá que si los enterrás mucho, el rancho va'quedar chato como tortuga". Y yo... ¡cava que te cava!... ¡mirá que güena ocurrencia tuve!

El, abstraído, con el pensamiento fijo por otra idea:

—Deveras... ¿Y vos, Natalia, t'encontrás con fuerza en los brazos como p'abrir un hoyo grande en la tierra?

—¿Pa qué?

—Pa enterrarme.

—¡Te callás la boca, querés, zonzol! —dijo ella, al tiempo que le tapaba la boca con el horcón de su descarnada mano.

* * *

Y se arrullaron como dos palomas.

En ese instante, la tierra recibía la caricia de una lluvia fina.

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

El "Empacho"

El "Empacho"

Vivían en una casa de inquilinato; en uno de esos viejos caserones españoles del "centro", en las inmediaciones del puerto, con paredes de piedra que parecían murallas, de patio amplio y piezas corridas que dan a un pasillo, con ventanales de grandes rejas donde florecían malvones y claveles, rodeado de fuerte baranda de hierro, que al mismo tiempo servía de resguardo y de balcón para los habitantes de las plantas altas, lugar éste, preferido para toda clase de "comadreos", y desde donde se veían cordeles con ropas colgantes de todos los colores, al sol, y que el viento agitaba como si fueran pequeñas banderas. Ella era gorda y alta. Tenía el cabello muy negro y ondulado. De tez muy blanca y grandes ojos claros. De pómulos salientes y nariz bastante achatada. Labios muy finos. Tendría tal vez unos cuarenta años pero representaba más de cincuenta. Jamás reía. En su rostro estaban estampadas las líneas que caracterizan el dolor. Era una mujer grandota y buena, sobre todo muy cordial. De caderas muy amplias y fornidos brazos. Trabajaba a todas horas del día. Todos decían que era una esclava de su marido y de los hijos. Era un ejemplo de bondad. Jamás inmiscuía en asuntos que no tuvieran atinencia con su hogar. Detestaba la maledicencia y toda clase de "comadreos". Nunca se le oyó hablar mal de nadie. Para ella todo estaba bien. No era amiga de llevar la contra.

Doña Luisa, la llamaban todos con igual cariño. Cuando había cualquier trifulca en aquel "conventillo", entre vecinos, era ella la encargada de restablecer la calma. La palabra de doña Luisa era sedante, apaciguaba todo. Se las arreglaba de manera que todos quedaran satisfechos. Le daba primero la razón a una parte, luego a la otra, y así, oficiando de pacificadora, concluía siempre por reconciliarlos. Es una santa doña Luisa, —decían cada vez que de ella se hablaba.

Atilio, su marido, tendría unos cincuenta años. Trabajaba como peón desde hacía dos décadas en uno de los depósitos del puerto. Era "otro pedazo de pan". Lástima que es tan afecto a la bebida —decían los más allegados.

Era un bebedor empedernido. Cuando llegaba ebrio, su mujer trataba de no contradecirle, pues a la más nimia disparidad de pareceres, no le costaba mucho irritarse, y todo lo resolvía a golpes de puño, a puntapiés o gritos. Esto, naturalmente, exasperaba a su mujer, la que cerraba la puerta de entrada y muy calladita, soportaba todo con resignación, para no dar motivo a comentarios entre los vecinos y tener que afrontar la vergüenza que le causaba todas las acciones intempestivas de su marido producidas por los efectos del alcohol. Tenían cinco hijitos. Los muchachos huían de su padre en cuanto lo veían entrar tambaleante, en estado de ebriedad. Escurríanse como lagartijas, afinábanse tras las puertas o muebles, achatábanse bajo las camas. Algunas veces al infeliz de Atilio, la bebida solía ponerlo alegre, por demás festivo, deshaciéndose entonces en ternura y cumplimientos con todos. Reunía a sus hijos, llamaba a grandes voces a su mujer y reía estrepitosamente, sin cesar. Decíale al mayorcito que contaba entonces siete años, con voz temblorosa, pero muy almihrada, haciendo recalcar la letra "u" de su nombre.

—"Vení Lu-u-u-isito, vamos a jugar. Montá a caballo sobre el lomo. Vení, no tengas miedo... ¡Hoy estoy alegre!"

Apenas dicho esto, poníase inmediatamente de rodillas y con ambas palmas de las manos sobre el suelo, oficiaba de cuadrúpedo. Entonces el ambiente era propicio a la jarana, había diversión para todos. Los muchachos iban acercándose paulatinamente, algo desconfiados al principio, y después de un buen rato, todos querían subir encima de las espaldas del padre. Así, imitando a los caballos, recorría las dos únicas piezas de un extremo a otro, relinchando, corcoveando, hasta quedar extenuado, rendido.

—“Agarrate bien de los pelos Lu-u-u-uisito, mirá que vamos a galopiar” —decíale al mayorcito.

Y todos participaban del juego encantados. Luisito, Carlos María, Atilito, María del Carmen y el más pequeño, el que apenas contaba unos quince meses, muchas veces desde los brazos de la madre, agitaba sus manitas haciendo supremos esfuerzos para reunirse al grupo. La madre solía también solazarse, reía... y solamente limitábase a decir: —“Lástima que no vengas siempre así, alegre, después de tus borracheras”.

En otras ocasiones maullaba, y “hacía de gato”, dando vueltas y más vueltas alrededor de la mesa del comedor. Tan pronto trepaba sobre el destartelado sofá, como sobre las camas o sobre la mesa del comedor, y desde donde, las más de las veces, llevaba un soberano porrazo. Entonces, desde el suelo, decía a sus espectadores, babeándose, riéndose estrepitosamente:

—“Este gatito está medio mareado porque se comió un ratón sin cola”—. Todas estas ocurrencias, desde luego provocaban gran hilaridad y alboroto entre sus pequeños hijos. Hasta la propia doña Luisa que no reía nunca, festejaba aquellas excentricidades, aquel buen humor, viéndolo “gatear” por todos lados, mientras lanzaba tremendos maullidos, siempre en persecución de alguno de los pequeños, haciendo ademán de atraparlo. Cuando ésto, colgáble de sus labios hilachas de baba, las que limpiaba pasándose por la boca la manga del saco, y entre tanto, reía, reía estúpidamente.

El efecto de las borracheras en Atilio, variaba de acuerdo con la bebida que escanciara. Cuando bebía "grapa" o "caña" con seguridad que llegaba a su casa de mal talante, irascible. Cuando ingería vino —según él— su "psiquis estaba alegre".

En tales casos, algunos de sus pequeños vecinos, amigos de sus hijos, más de una vez venían a divertirse aco- plándose a aquel coro de gritos y risas infantiles, aumentando así la algarabía de aquel apartamento.

* * *

Serían las once de la noche. En aquella casa grande dilatábase el silencio por los pasillos, corredores y escalinatas. Las sombras se hacían cada vez más densas y prietas a medida que la hora avanzaba. La luz del farol del ancho zaguán, como la del patio, extinguíase poco a poco, estaban en sus últimos parpadeos. Doña Luisa no hacía más que pasearse de un lado para otro, con el más pequeño de sus hijos en brazos, que estaba enfermo desde hacía una porción de días. Una luz exigua, luz amarillenta de lámpara a petróleo, alumbraba la alcoba. Durante el día siempre tenían visitas. Todos venían a preguntar por la salud del enfermo y al mismo tiempo darle una "manito" a doña Luisa, en las tareas de la casa. Desde que el chico se agravó, tanto la madre como Atilio pasaban en vela la mayor parte de las noches. Los dos tenían los rostros desencajados por las vigili- as del sueño. Ella siempre le decía:

—Andá a acostarte Atilio, que mañana tenés que ir a trabajar. Te podés enfermar. ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Qué sería de mi vida si me llegaras a faltar vos? ¡Con esta cater- vada de hijos! Andá, viejo, y acostate, estarás muerto de sueño. Y él, entonces, comportábase de otra manera, era más amable, redoblaba los cariños, era más digno, y sobre todo, bebía mucho menos, casi nada.

El chico estaba en manos de doña Gertrudis la "médica del barrio", una buena mujer que oficiaba de curandera. Ella había diagnosticado primero "mal de ojo" y luego "un empacho". Todas las tardes venía con sus tizas y ungüentos. Desnudaba al chico sobre la cama matrimonial, le daba unos cuantos tinguñazos en el estómago el que sonaba a bombo, y masajeábalo un buen rato con "unto sin sal".

Después de esto, ponía el cuerpecito boca abajo, y con los dedos a manera de garras lo tomaba con mucho cuidado por la piel que cubría la parte de la columna vertebral, levantándolo ceremoniosamente tres veces, y mientras mascullaba una oración, percibíase claramente el sonar de las vértebras. A esto la curandera le llamaba "quebrar la cola". Luego ordenábales un baño caliente con hojas de malva y todas las noches infusiones de borraja. En ayunas un tesito de "guampa amanecido". Había encargado especialmente a doña Luisa, que marcara con "hilo negro sin pecar" en forma de cruz, todas las ropitas que pusiera al enfermito, cosa que se cumplió al "pie de la letra", pues según ella tenía suma importancia durante la "vencedura" del mal.

—“¡Qué empacho perro éste!... —dijo la curandera—. Si habré curao en mi vida empachos, doña Luisa. Esto va muy mal. Si esto no cede, no tendrán más remedio que conformarse con la suerte. ¡Qué lástima, un nene tan lindo! “Mal de ojo” primero, después “empacho” y de hoy a más no tardar le vendrá la “menengites”. Esto, si se cura, con seguridad que se vuelve idiota. Más vale perderlo doña Luisa. Yo he salvao a más de uno de esa enfermedad perra, y le aseguro que los padres son unos desgraciados, es un continuo sufrir, concluyen por mandarlos al asilo. Más vale perderlo doña Luisa. ¡Qué enfermedad más perra la “menengites”.

Enterados ya del mal del enfermo y agotados los recursos de su ciencia, se despidió la curandera.

Por indicación de una vecina llamaron a un médico. Este aconsejó que cuanto antes llevaran al pequeño al hospital de niños. Era un caso de una gravedad extrema. Todos estaban como atolondrados, no sabían que hacer. En el "conventillo" se corrieron las voces, y todos esperaban de un momento a otro la muerte del chico. Durante las noches anteriores, mientras todos dormían, en medio del silencio de aquella casa de inquilinato, sólo oíase las quejas y suspiros de la madre, y de cuando en cuando, un cántico de cuna, lleno de ternura, arrullador...

* * *

Atilio no se ha levantado de la mesa para nada después de la cena. Estaba entre dormido. Le acosaban sueños raros a cada instante, y despertábase sobresaltado. De pronto, fijó la mirada en la botella de vino que tenía por delante. Sirvióse un vaso bien colmado, luego otro y otro... y así, hasta vaciar el contenido de la botella. Momentos después dormitaba, cabeceaba con los codos apoyados sobre la mesa, y ambas manos sobre la faz.

Entre sueños sentía a su mujer que se paseaba de un extremo a otro en la pieza contigua, diciendo al hijo enfermo: —"Duérmase mi hijito; pronto se va a poner ~~san~~ito, si Dios quiere. Duérmase"... Y eso fué apagándose en su oído poco a poco; fueron borrándose formas siniestras de su imaginación, fruto de los vapores del vino, hasta caer sumergido en un profundo sueño. De su garganta solían escaparse agudos ronquidos, cuando no estremecimientos seguidos de un hipo que le obligaba a abrir los ojos desmesuradamente.

Ella tenía en brazos al hijo en la otra pieza donde también dormitaba y cabeceaba a ratos en el sillón. Hacía muchas noches que ambos apenas dormían unas pocas horas.

Vivían en un continuo sobresalto.

De pronto, asomóse Luisa, su mujer, a la puerta con el hijo en brazos, poseída por una rara sensación de miedo y con un gran cansancio y flojedad en las rodillas, dijo a su marido:

—¡Atilio!... ¡por favor vení, Atilio!

—¿Qué querés?... ¿qué pasa?...

—¡No!... nada... escucháme Atilio... no te vayás a enojar. ¿Por qué no vas a buscar a otro médico, o le explicas al farmacéutico, a Don Cosme, lo que tiene el nene?; puede que le haga algún remedio, y lo salve... Andá, viejo querido... ¡tengo mucho miedo! Si vieras... tiene una fiebre altísima que vuela... delira, se le van los ojos p'atrás. ¡Hoy hace quince días que está enfermo!

—Pero... mujer... escuchame... atendeme, Luisa... son las doce de la noche. Tené paciencia... Todos están durmiendo a estas horas. La farmacia de Don Cosme estará cerrada... después... ya sabés lo que ha dicho Doña Gertrudis, la mejor curandera... De "menengitis" nadie se salva... Tené paciencia Luisa!... No hay más remedio que conformarse con el destino!

—¡Es que tengo miedo de estar sola!... ¡Mirá que le rechinan los dientes al pobrecito! Tiene una fiebre que quema... le tiembla todo el cuerpo... ayudame... agarrámelo querés?... aunque sea por un ratito...

—Dámelo mujer... ¡Pobrecito el nene!... ¡Cómo tiembla, mismo!... ¡Le rechinan los dientes!... ¡Es la fiebre!...

Momentos después, agregó:

—Escuchame Luisa, no hay más remedio, no nos queda otro recurso... tan pronto amanezca, hacemos lo que nos aconsejó el médico. Lo llevamos al hospital.

—¡Ah...!, ¡eso sí, que no! ¡Atilio! ¡Mi hijo al hospital, sin los cuidados de su madre! ¡Eso, nunca!

—Pero si no hay más remedio, mujer. ¿Qué vamos a hacer? Vos estás muy nerviosa. Andá a acostarte, yo ya dormí un poquito, ahora te toca a vos, Luisa, andá a acostarte. No hagas ruido en la pieza de los nenes, se

pueden despertar. Acostáte tranquila, y dejá al nenito por mi cuenta, yo lo cuidaré, velaré por él esta noche.

Fué necesario que Atilio repitiera a su compañera muchas veces lo mismo y prometerle formalmente que no se lo llevaría al hospital, para que aquella buena madre se dispusiera ir a descansar algunas horas.

Quedóse él, con el niño en brazos y luego sentóse en el sofá. Serían más de las tres ya. A veces le pasaba la mano por la frente y mejillas afiebradas, y por momentos experimentaba estremecimientos, temor, al sentir en brazos aquel cuerpecito convulsionado; ya no le rechinaban tanto los dientes. Poníase cada vez más pálido, con la nuca tensa, echando para atrás la cabecita. De a ratos aplicábale un pañuelo empapado en agua y vinagre sobre la frente. De pronto la mirada de Atilio incrustóse en la botella de vino que tenía sobre la mesa, aún tendida. Vació el resto de su contenido en un vaso y lo bebió con avidez. Con el hijo en uno de los brazos, muy apretado contra el pecho y en puntillas, llegó hasta el aparador y de la parte de abajo, posesionóse de una damajuana de vino. Llenó la botella de cristal, extrajo un trozo de queso y se sentó dispuesto a esperar el día, con el hijo en brazos. Así Luisa podría descansar. Mientras tanto, habíase despertado en Atilio una enorme hambrura. De continuo devoraba trocitos de queso con pan mojado en vino. De este modo bebió muchísimo. Ya bastante alcoholizado tuvo una idea repentina que la puso de inmediato en ejecución, soliloquiando, y con los ojos mojados por las lágrimas, decía:

—Pobrecito mi nene, tiene “nana”. ¡Me lo quieren matar de hambre estos canallas! ¡Hace muchos días que no come este angelito! Tome este vinito, es de pura uva, lo va a poner alegre... ¡Le va a levantar el espíritu!... ¡Le va a hacer mucho bien m'hijito!

Y en este estado de ebriedad, de inconciencia, Atilio pasó las horas restantes. De tiempo en tiempo, poníale al

hijo moribundo, un vaso de vino en los labios hasta atragantarlo, o bien pan impregnado en el mismo líquido. Después Atilio, quedóse profundamente dormido.

* * *

Por la mañana, muy temprano, cuando vino su mujer a relevarlo para que fuera al trabajo, se encontró con el hijo muy pálido... Parecía un muñeco de cera, con los ojos entreabiertos, estirado a lo largo de la mesa, rígido: ¡estaba muerto!

A los gritos desgarradores de la madre, acudieron algunos vecinos.

Mientras tanto, el padre, con la cabeza entre los brazos, sobre la mesa, junto al cadáver, dormía... Dormía profundamente una de sus grandes borracheras.

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

La Lechuza

La Lechuza

El sol había escondido su testa de oro tras los montes lejanos, cuando don Francisco puso fin a su labor. Por lo menos permaneció como dos horas sentado en una rústica silla de "baqueta" bajo el parral del patio, donde estuvo entregado de lleno a la tarea de limpiar su vieja carabina cubierta de herrumbre, la que había quedado por mucho tiempo colgada de un clavo en uno de los tirantes del galpón, envuelta por espesa nube de telas de arañas. Con una paciencia sin igual, la desarmó pieza por pieza cuidadosamente. Con "ladrillo blanco" en polvo, dejó como espejo las partes de acero y con "sebo de riñonada" recién derretido, untó el caño, gatillo y demás accesorios, quedando la carabina como nueva. Por repetidas veces probó su funcionamiento obteniendo resultados plenamente satisfactorios. Poco después puso una bala y sintió deseos de tirar un tiro al aire para probarla del todo; pero no le fué dado hacerlo porque en el preciso instante en que iba a llevar el arma al hombro, oyó el fantástico graznido de una lechuza, y casi al mismo tiempo, unos gritos alarmantes que partían de la cocina, los que no podían ser de nadie más que de la peona Marcelina, por ser ella y su hijo los únicos moradores de aquella su casa de campo. Toda azorada y llena de aspavientos, se presentó ante don Francisco con el mate chorreando y al ofertárselo, mirando para atrás, dijo solemnemente tres veces, para "quebrar el mal".

—¡Cruz diablo!... ¡Cruz diablo!... ¡Cruz diablo!...

Don Francisco, aunque algo sobrecogido por el temor que inspiran al paisano de nuestra campaña ciertas supersticiones, sonrió vagamente.

La peona Marcelina dijo entonces con toda gravedad:

—¡Patrón!... ¡m'he llevao un julepe arrecién!... ¡Por Dios Santo!... ¡si viera patrón!...

—Pucha que había sido maua, ña Marcelina! ¡Que no se diga!... ¡Asustarse d'una lechuza!

—¡Pero... patrón, si viera... una coruja enorme se adentró por la cocina y comenzó a revolotiar!... ¿No la'óido chistar patrón? ¡Es un bicho de mal agüero! ¡Usté sabe que cuando se cuelan puerta adentro, es una mala seña!

—Usté siempre está con agüerías. Si se redama aceite, o se quiebra un espejo, disgracia; si se vuelca sal, lágrimas; si canta un gallo a media noche, se roban una muchacha del pago... no haga caso d'esas cosas.

Mientras ambos conversaban, el hijo de doña Marcelina, que contaba ocho años, llegó corriendo, se agarró fuertemente de las polleras de su madre y poseído por el miedo, dijo temblando:

—¡Mama!... ¡tengo miedo! ¿Y la lechuza?

—Calláte la boca, ¿querés? —dijo ella—. ¡Pucha gurí más charlatán éste... no deja prosiar a gusto con el patrón! Y enseguida prosiguió:

—¿Usté me decía arrecién que no hiciera caso de las lechuzas? ¡Cómo no hacer caso patrón, si cuanto más vieja una, a juerza de ver tantas cosas, no hay más remedio que creer. Escúcheme, patrón: cuando a usté lo llevaron preso por aquella disgracia que le pasó en la pulpería del tuerto ño Rosendo, ¿si acuerda?... una lechuza se paró áhi nomás, en uno d'esos postes del cerco de la "cina-cina". La finadita su mujer, ña Teresa, (¡Dios la tenga en la gloria, pobrecita!) y yo, le gritamos: "¡Cruz Diablo!", tres veces; y cuando menos pensamos, se coló n'el cuarto de costura sin pedir permiso, ande estábamos planchando.

—¿Y después?...

—Yo le dije a la finadita, como áhura se lo digo a usted... estos bichos, cuando se cuelan en las casas, de fijo que traen alguna disgracia... ¡y así jué, patrón!...

—Puede ser... pero yo no creo en brujas.

—Yo no soy bruja, patrón... —apresuróse a contestar doña Marcelina, y en seguida añadió: —¿Quiere que le cambée la yerba, patrón?... está un poco lavada.

—Güeno, como quiera...

Y se fué para la cocina acompañada de su hijo, mascullando una vieja oración gaucha, que según ella servía tanto para las tormentas como para librarse de cualquier peligro.

Cuando se vió solo, don Francisco, levantó la cabeza y miró vagamente al campo, donde imperaba el más absoluto silencio. El lejano horizonte estaba manchado por franjas anaranjadas, exangües reflejos del lejano sol. La noche iba extendiendo su gran poncho negro sobre aquellas campos dormidos. Aquella soledad y la conversación mantenida con Marcelina, le trajo un sinnúmero de recuerdos de su pasada vida. Sobrecogido, sintió algo extraño; algo así como temor o miedo. El no era supersticioso, pero... ¿por qué al oír el graznido de la lechuza y el relato de la peona, se dejó influenciar por graves presentimientos?

Con marcada lentitud, llevó una mano a uno de los bolsillos del saco del cual extrajo la tabaquera y comenzó a liar un cigarrillo; luego lo encendió en el yesquero y mientras fumaba calmosamente, desfiló por su mente como una trágica visión aquella pelea originada en el almacén de don Rosendo Hernández, por una disputa acalorada al finalizar una partida de naipes. Recordó también que para poder recuperar su libertad por aquel "mal tajo" que dió, tuvo que hipotecar el campito y vender todas las ovejas, quedando aún por pagar un "buen pico" a los "letras menudas". Se miró las manos engrasadas y sucias, e impensadamente las llevó a las narices, quedándole en la pituitaria un olor a cirio quemado. En seguida evocó la muerte de

Teresa, su buena compañera, desaparecida para siempre, hacía dos años, de un ataque al corazón. Ese día, unas horas antes del fatal desenlace, al anochecer, cuando fué al galpón a pasarle la rasqueta a su "tubiano", se encontró en uno de los postes del cerco con una lechuza enorme, la que después de chistarle varias veces fué a posarse sobre el anca de su caballo. Enfurecido, de un manotazo la despidió lejos.

El recuerdo de todas esas cosas le produjeron, en una palabra, miedo. ¡El que en todo momento había hecho alarde de valentía! ¡El que había sido en las guerras el primero en los entreveros, y siempre lo encontraban donde "las papas quemaban"! ¡El, un gaucho, en esos instantes sintióse cobarde!

Las sombras de la noche fueron extendiéndose cada vez más por la vasta campiña, y, en los azulosos cielos, apenas si unas pocas estrellas destacaban sus temblorosos cuerpecitos cual si fueran **bichitos de luz**. Bajo el parral estaba oscuro; ya era de noche.

Don Francisco hubo de haber permanecido mucho tiempo en la misma posición por cuanto que, al levantarse de su asiento, las piernas se le quedaron como vulgarmente se dice: "dormidas", casi inertes.

—¿Me habrá llegao el momento de quedar tieso? —se dijo—. ¿El canto de la lechuza será para mí? Semos tres en la casa... digo: ¡cuatro!... Marcelina, el gurí, yo... y mi caballo; ¿a quién le tocará clavar la guampa?

Y así, con esta serie de cavilaciones, se dirigió al galpón para guardar la carabina, pues al otro día iría al bañado a cazar carpinchos, nutrias o lo que hubiere. Desde el galpón observó por algún tiempo la ventanita que tenía en frente y luego la luz amarilla de la candileja que acababa de encender en la cocina la peona. De pronto, como una visión, como si fuera un fantasma, vió posarse en uno de los postes del cerco, a una sombra negra; era la de un pájaro que abrió sus enormes alas y comenzó a graznar descaradamente frente a él.

—¡La lechuza! —dijo, al tiempo que sus ojos se dilataban por el terror.

Por su cuerpo sintió correr un frío, helósele la sangre, quedó inmóvil; palpitábale el corazón fuertemente. Luego, por instinto, llevó el arma al hombro, apuntó, y sonó un tiro. El ave fatídica dió unas cuantas vueltas en torno suyo, y con todo desprecio, cual si fuera una carcajada en son de burla, remontó el vuelo chirriando despectivamente: **Cric... cric... cric...**

El siguió con la vista el vuelo del pájaro hasta que se perdió entre las densas sombras.

Poco después el niño salía gritando:

—¡Patrón!... mama si'ha caído p'atrás... ¡está en la cocina!... ¡venga pronto, patrón!

Fué presuroso al lugar indicado y quedó estupefacto al ver tirada en el suelo con el pecho atravesado por una bala a su fiel servidora, a la única persona en quien depositaba toda su confianza y la que más de una vez a sus hondos pesares, le dió el lenitivo de su amena charla. La palpó, la tomó en sus brazos, la llamó por su nombre. A la luz mortecina del candil vió su pálido rostro contraído por una horrible mueca, y un hilo de sangre que le corría por el pecho; estaba muerta.

La contempló por largo rato; tal vez rezóle alguna oración por su alma.

Después, mirando fijamente al niño, el que estaba con unos ojos grandes, y sin saber qué decir, díjole:

—Vamos, guri... vamos a dar cuenta a la polecía. Tu mama me lo había alvertido... ¡Jué la lechuza!... ¡la lechuza!

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

El Ciclón de "Tranqueras"

El Ciclón de "Tranqueras"

Filibina es una simpática parda, que, a pesar de sus setenta y cinco años, conserva bien sus facultades mentales y su buen humor.

Estuvo más de quince años a nuestro servicio. Es buena, cordial, trabajadora y honrada. Habla con un acento "abrasilerado", lleno de gracia, y sus narraciones, sin grandes aspavientos, tienen mucho colorido y un gran fondo de verdad. Cualquier relato, por simple que sea, lo adorna con expresiones, gestos y ademanes, obligando a sus oyentes a que le presten atención, pues es muy educada y tiene, sobre todo, una gran imaginación.

Un buen día nos pidió una licencia por un mes para visitar sus viejos pagos fronterizos con Brasil (Rivera y Tranqueras).

—No se aflija, patrón, pego la güelta antes de un mes —me dijo—. Por allá hay poco atractivo; son pobres pueblitos. No se ve nada más que bichos y purito campo. La gente es sin gracia y bruta. Aquí hay radios, cines, y casas muy lindas.

La licencia del mes resultó "larga como cola de lagarto", —según su decir— pues duró casi cuatro años.

En mi casa la esperaban siempre: su pieza, sus muebles, sus plantitas, las gallinitas y el cariño de todos nosotros.

Hace pocos días llegó de tardecita, "de sorpresa", a la hora solemne del "mate amargo".

Apenas llegada, comenzó a "ensillar" su mate y luego le pregunté: —¿qué trae de bueno para contarme, Filisbina, después de tan larga ausencia? Mire que pienso hacer un nuevo libro y a lo mejor Vd. me cuenta algo interesante.

La morena se arregló un poco su pelo ceniciento, partido en dos, llevó su diestra sarmentosa a la boca, dió un último sorbo a la bombilla y dejando el mate que tenía en la mano izquierda recostado a la caldera que estaba sobre la mesa, reflexionó:

—Por en cuanto, no recuerdo nada, patrón; nada importante. Tengo que hacer memoria... Vamo a ver...

Después de quedar un buen rato pensativa y luego, sonriente, ante la manada de recuerdos que atropellaran su mente, comenzó con voz pausada: —El más importante acontecido por mis pagos allá por Tranqueras, fué un ciclón que dió mucho que hablar. Aquí las radios y los diarios lo habrán mencionado. Aquello fué como una maldición del cielo. Nunca en mis años vividos ví semejante cosa. El hospital, el cuartel y la comisaría, así como las casas de los "ricos piadosos", no daban a basto para albergar a tantos seres lastimados, gente que quedó en la calle, solamente con las ropitas puestas a causa de ese ciclón, que arrasó con lo que tenía por delante, con los ranchos del pobrerío de las orillas del pueblo. Hizo una pausa y luego continuó: —mire, patrón, si le cuento lo que nos pasó, uste v'a decir que es mentira; pero no vaya a escribir pa los diarios porque van a decir que yo esajero.

—Cuenta nomás, que la escucho con mucho gusto. Si usted lo cuenta, seguramente tiene que ser verdad —le dije.

—Ya me gustó el asunto y entonces le aflojé piola al silencio para que pudiera remontar a sus anchas su imaginación, la interrogada.

—No lo vaya a poner en los diarios, patrón, —me volvió a repetir— porque si llegan a saber por "Tranqueras", dirán que tengo "pico largo"; y sobre todo que v'a decir mi "comadre" Juana"; la cosa se pondría fea; por en

cuanto si uste quiere ponerlo en un libro, hágase el gusto nomás, porque lo escrito queda ahí... embretao, pues por allá no leen libros; solamente van diarios, y en algunas casas tienen radios. A media cuadra de mi casa, nomás, un sargento de la polesía se lo pasaba todo el día haraganeando, oyendo su aparato, con el mate en la mano y una botella de "caxaxa". A veces le decía yo en broma y él se reía lindo: ¡qué manera, sargento, de robarle la plata al estado"!... Pues, como le decía arrecién, mi "comadre doña Juana"...

—¿Y quién es "esa" comadre Juana, —la interrogué.

—Pues... mi comadre! Es comadre y cuñada, patrón! (A esta altura desató su risa negrera, tan característica). Además es "tatusera", ¿sabe? ¡Y qué práctica que tiene en ese oficio! "Gurís" que atiende ella ya viene al mundo "santiguao". Viera uste como vienen "del centro" de las casas de "los ricos" a consultarla. Naide como ella cura los "empachos", los "mal de ojos" y sobre todo la "culebrilla".

¡Si podrá tener prestigio mi comadre, por allá! ¡Qué poder que tienen sus oraciones! Si tendrá poder mi comadre que ella solita, y esto lo saben muy pocos allá, jué quien asujetó aquel tremendo ciclón que vino acollarao con el temporal y que tanto dió que hablar, ciclón que arrasó con lo que halló por delante; con cuanto ser viviente...

El asunto ya me resultó más que interesante y en seguida me le fuí "al grano".

—¿Cómo y con qué fué que lo asujetó?

—Yo se lo voy a contar de "punta a punta" para que sepa, patrón, las cosas que pasan en este mundo, sin ser alvertidas. Usté habrá leído en los diarios lo que pasó allá por mis pagos, por "Tranquera" cuando eso del temporal, ¿no? A nosotros nos sacó limpito el ranchito, pues tenía la quinchita bastante flojona. Quedamos todos ajuera... de tardecita, con el mate en la mano, mirándonos la cara unos

Y SUPERSTICIONES DEL URUGUAY

con otros. Los que quedaron sin rancho salieron campo ajuera; se ponían de rodillas implorando al cielo, y a doña Santa Bárbara, asina:

*"Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estás escrita;
guarda pan, guarda vino,
y gente del peligro."*

Esto era lo que se escuchaba por todos lados, lo que, unido a los gritos y llantos de la manada de gurises que no sabían por donde agarrar y pa no cáirse al suelo, se prendían de las polleras o pantalones que estaban más cerca, formando grupos en remolinos, cosa que a uno lo dejaba con el cuerpo erizao de miedo!

¡Viera uste qué loquerío, qué desesperación! Esto era en las orillas del pueblo. En "el centro" volaban las ropas tendidas en las azoteas; arriba no se veían más que sábanas, frazadas, ponchos y colchones "rompidos" y estos, desparramaban sus chalas de adentro, por los aires. La cumbreira de los ranchos viejos, techos de zinc, puertas y ventanas, postes arrancados de raíces, sillas, alambrados con sus tramos, tuito diba rodando por el suelo hasta levantar vuelo y era tan fuerte el huracán, que si uno no se agarraba de algo, si no se recostaba uno con otro aferrándose, de seguro que uno hubiera seguido viaje por los aires rumbo p'al Brasil.

En los bajos, se entreveraba el ganao caballar con el vacuno y era aquello una de relinchos y bufidos que daba terror. Si viera las vacas sueltas en busca de sus crías y las pobres ovejitas guachas como balaban, pobrecitas! ¡Yo nunca tenía visto cosa igual! Y allá por "los campos" ande había un monte de ocalitos, el temporal había desatao sus furias y caían rayos y centeyas a montones, partiendo a los árboles en dos.

Entonces, como quedamos sin abrigo, con las ropitas que teníamos puestas, pues todo se lo llevó el ciclón, no

tuvimos más remedio que dir pa la casa de mi comadre Juana, que estaba a eso de una cuadra de nosotros y le pedimos albergue.

Allí la encontramos muy tranquila, entregada a sus oraciones, con sus velas prendidas a los santos y quemando palmas benditas en un brasero grandote donde hacía sus "menjunjes".

Viendo que aquello no surtía efecto y que la cosa, cada vez, se ponía más fea, nos dijo: "¡quédense rezándole a Santa Bárbara que yo voy a sujetar a esta maldita tormenta antes que me lleve el techo de mi casa!".

Dicho esto salió pa'juera con una semejante hacha. Adentro quedamos las tres nomás: M'hija Lea, mi nietita la inválida, y yo. Ya habían comenzao las primeras goteras ¡y con qué fuerza, patrón! ¡Qué coraje de mujer! ¡Si tendría "poder" mi comadre, patrón. Mire que salir pa'juera con un hacha en las manos en medio de aquella tormenta, entre relámpagos y truenos. Dispués, a grito pelao, como si estuviera rabiosa, soltó de su boca esta oración que me quedó en la memoria:

*Invoco a mi Dios
y a nuestro Jesús
y con esta, mi hacha,
yo te hago una cruz;
y con esta mi hacha,
yo te hago otra cruz;
y con esta mi hacha,
la tercera cruz;
Pasé por mi casa
sin hacerme mal;
cruz diablo, tres veces,
fuelle de Satán,
es a vos que te hablo
feroz temporal.*

... Y al final de las tres cruces hechas en el aire, clavó el hacha en tierra con tanta fuerza que solamente se veía un pedazo del cabo. Después, en medio de los "regucilos" vino ligerito p'al rancho a juntarse con nosotras. Ajuera, patrón, aquello era un lucerío vivo. Lea y yo, tábamos bombiando a mi comadre por un "buraco". La ventana se cimbraba, había que sujetarla. La cumbrera del rancho se inflaba por momentos y gracias que las paredes eran de material.

Mientras "bombiábamos", como le dije, Lea y yo, vimos de pronto caer un semejante rayo donde ella había clavao el hacha. Al "ratiño" llegaba hasta nosotros un olor a pólvora, algo así como yesca quemada.

Por un poco más, el rayo la parte a mi comadre. ¡Si habría calculao bien el tiempo!

Tan pronto le abrimos la puerta a mi comadre, pasó pa dentro y se sentó muy tranquila, como si no hubiera pasao nadita. Encomenzó a pitar de lo lindo hasta el amanecer. Matizaba el tiempo con unos tragos de "caxaxa", pero flor de "caxaxa".

Entonces nosotras también la acompañábamos en las libaciones, pa no despreciarla. Allá por la frontera esos vicios resultan baratos por que abundan; cuasi todo es de contrabando.

Cuando taba clareando, las velitas de doña Santa Bárbara encomenzaron a consumirse y cuasi al mismo tiempo el temporal comenzó a calmarse. Entonces se me ocurrió dir al lugar donde mi comadre había clavao el hacha en tierra, y sólo vide, patrón, el cabo hecho cenizas, pues el rayo se lo había tragao! ¡Vaya uno a saber a qué profundidad había enterrao el fierro!

¡Qué temporal! ¡Qué ciclón! Gracias a mi comadre, como le digo, Patrón, que jué quien lo sujetó, si no a estas horas, crea patrón, no existiría gente de ninguna clase, ni bichos en este mundo.

* * *

Esto fué lo que, más o menos, me contó esa buena par-
da en su jerga criolla, medio "abrasilerada" y que yo, para
hacerle el gusto, no la publico en los diarios para que no
se entere su "comadre Juana", y lo pongo en este libro
para que quede "enbretao" entre sus páginas.

Indice

	Pág.
"La Torda" o el "Lobizón"	6
"Luces malas"	20
El "Salvador de almas"	28
La "Barajada"	32
El "Negrito del Pastoreo" (Cuento Infantil)	38
"El Lobizón" (Cuento Infantil)	46
"Almas en Pena"	58
La Sequía	64
Los Horcones	68
El "Empacho"	72
La Lechuza	82
El ciclón de "Tranqueras"	88

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
GRAFICOS "33" S. A. EL DIA
30 DE JULIO DEL AÑO 1957.

briela Mistral y los principales escritores de ambas márgenes del Plata han tejido elogios a su obra literaria, colocando su nombre entre los principales escritores de su género.

En 1943 publica "Pilchas", incluyendo los cuentos de "Tacuarí" su obra primeriza. Sobre este libro, Raúl Montero Bustamante se expresa así: "García Sáiz es uno de nuestros mejores cuentistas criollos; conoce el paisaje y el hombre de nuestros campos; conoce sus costumbres y sus hábitos; su carácter y lenguaje; sus sentimientos y supersticiones; y conoce, además, la historia, la tradición y los mitos de la campaña. Ha sabido también sorprender lo pintoresco que hay en todo "eso" y expresarlo en colorada prosa".

"El narrador gaúcho" es, sin duda, su obra cumbre; lleva un prólogo de Alberto Zum Felde; fué publicado en 1945 y traducido al inglés y portugués en muchas de sus narraciones.

En 1954 publica "Las Bóvedas", escenificación en tres actos de un ambiente portuario montevideano, obra que ha sido elogiada por los principales críticos teatrales. Carlos María Princivalle expresa a su autor: "Las Bóvedas" me ha impresionado como tres actos recios, de acción directa y viva. Es la fiel pintura de un ambiente no tratado por nuestro teatro, y tal vez, más que pintura sea, un aguafuerte. A mi entender, Vd. ha sabido encerrar dentro de lo particular de nuestro puerto, ese "aire de familia" peculiar a todos los puertos importantes y que es origen de lo internacional, donde lo exterior pintoresco y lo íntimo de la emoción humana se encuentran como para ofrecernos una imagen abreviada del mundo".

"Leyendas y supersticiones del Uruguay", llenadas al cuento, es un libro sugeridor y bello y de gran aporte para el arte folclórico rioplatense.

